

HUMO BAJO LAS CALLES

ANNE ABAND

ANNE ABAND

HUMO
BAJO LAS
CALLES

© Anne Aband [2026]

Registro de la propiedad intelectual: 2602204638928

Todos los derechos reservados. Gracias por adquirir esta obra de manera legal. Los autores independientes necesitamos tu apoyo. Y el karma te aseguro que te lo recompensará.

Humo bajo las calles	1
Capítulo 1. <i>Lo escondido</i>	5
Capítulo 2. Buscando desesperado	11
Capítulo 3. En equipo	21
Capítulo 4. El desastre a los dieciséis.....	25
Capítulo 5. Un nuevo caso.....	27
Capítulo 6. La entrada a los túneles	33
Capítulo 7. Soñando	39
Capítulo 8. Conexión.....	46
Capítulo 9. Una presencia inesperada	50
Capítulo 10. Archivos importantes	55
Capítulo 11. Despierta.....	61
Capítulo 12. Un buen lío	68
Capítulo 13. Heridos	71
Capítulo 14. El final.....	80
Sobre la autora	82

CAPÍTULO I. *LO* *ESCONDIDO*

Vega

La lluvia resbalaba por las piedras antiguas, dejando embarrada la tierra que rodeaba las ruinas y manchando sus botas. No solía llover demasiado en la ciudad, pero cuando lo hacía, todo se colapsaba.

Bajó por las escaleras metálicas que daban a lo que, hace varios miles de años, era un circo. El famoso Teatro Romano de Zaragoza estaba clausurado por mantenimiento, según el cartel que había en la entrada. Por supuesto, para una bruja como ella saltar un cerrojo no era complicado.

Sin embargo, notó que el aire espeso que la rodeaba, a pesar de la lluvia nocturna, no era debido a otra cosa que a la magia que latía por dentro. Había un sello por alguna parte, sin duda.

Apoyó la mano en una de las paredes originales y sintió la vibración sutil de la historia, de las personas que pasaron por ahí hacía cientos de años, ese latido que a todas las brujas les fascinaba, aunque esta vez sonaba desacompañado porque no era magia de las buenas. Sin duda.

Sacudió la linterna, que amenazaba con apagarse, y revisó, ya debajo de uno de los arcos, el lugar por donde había saltado la alarma y por el que su supervisora la había enviado allí, sin importarle que estuviera diluviando.

Sacó el péndulo, acabaría antes. Detectaba los nexos y si alguien había abierto un canal, un tema de segundo curso de la Escuela de Ligaduras a la que ella había pertenecido desde que la Gran Bruja lo decidió. Puede que todavía se estuviera arrepintiendo.

El eco del ritual resonaba en sus oídos todavía, mientras el péndulo se movía suave hacia un lado. Decidió seguirlo, hasta encontrar el punto exacto. Tenía orden de informar una vez lo hallara, cerrarlo y entonces vendrían las brujas de nivel superior y lo revisarían todo.

—Me usan como un perro que olfatea, nada más, sin poder ascender —suspiró.

Vega se dirigió por un pasillo hasta encontrar una puerta de madera, que abrió sin dificultad. Allí su piel se erizó. Alguien había diseñado muy bien el hechizo para pasar desapercibido. Casi lo habían logrado.

Casi.

Accedió a lo que quizá fue una bodega o un almacén y pudo ver los trazos de tiza que todavía no se habían borrado. Sacó el móvil con rapidez e hizo unas fotografías porque estaban desapareciendo en sus narices. Había cuatro círculos concéntricos, conectados por líneas quebradas y un nodo central marcado con ¿sangre seca?

Se agachó para examinar de cerca los trazos. No parecían de alguien demasiado habilidoso, pero cuando los círculos exteriores se borraron y accedió al interior, vio que el nodo central estaba perfecto. Todavía quedaba algo de sangre y por pura casualidad vio un poco sin coagular que había quedado sobre una piedra pequeña. Sacó con rapidez un vial de su abrigo y lo recogió. Con esto se podría adivinar el ADN y por ello, ver quién estaba jugando a ser una bruja mala.

Sacó el medidor de resonancias y aplicó la sangre. La aguja tembló y dio una medida.

Resonancia directa: Lía Santacruz. Confirmada.

Vega cerró los ojos por un momento y los volvió a abrir. El resultado seguía siendo el mismo. Su hermana pequeña otra vez. Bordeaba los límites, pero esta vez los había pasado. Esta vez no se trataba de algo menor, lo que había hecho aquí era un hechizo de apertura de algún tipo de sello que ella desconocía.

Revisó los alrededores por si ella había dejado cualquier cosa; seguro que sabía que la mandarían para revisar la alteración.

—Joder, Lía.

Justo en una de las grietas había un papel pequeño, enrollado y cuando lo abrió, vio la letra de su hermana. ¿A qué estaba jugando?

—La ciudad está despertando y todavía no te has enterado —leyó. Hace seis meses habían discutido y ella se había ido. Pensaba que estaría con alguna de sus amigas, pero, desde luego, no esperaba que se hubiera pasado al otro lado.

Apretó la mandíbula, tensa, y cerró los dedos sobre el papel para guardarlo en el bolsillo. Lía había estado allí, había realizado un ritual de apertura y ni siquiera sabía si ella conocería las consecuencias.

Escuchó un suave ruido a su derecha y sacó la daga despacio para cerrar el ritual y largarse cuanto antes. Todavía estaba a tiempo o eso pensó. Hundió la daga en el nodo interior, un procedimiento habitual para disolver hechizos residuales, pero sintió una descarga que le atravesó el brazo hasta llegar al hombro. Como si fuera fuego líquido, se incrustó en su pecho y la dejó sin aliento.

Cayó de rodillas, casi sin poder respirar. Le había dolido por unos segundos, de forma intensa, como si alguien hubiera activado su deuda mágica, esa con la que la castigaron de joven.

Se incorporó, sudorosa y agitada, y miró al suelo. El círculo y el nodo habían desaparecido, aunque desde el centro salía un suave hilo de humo blanco, y no supo si había sido porque lo había cerrado o porque... había pasado otra cosa.

Tal vez por ser magia familiar le había afectado más. El caso es que ya no había nada. Hizo una foto para demostrar que estaba cerrado y salió, tambaleándose, de las ruinas.

La lluvia caía con menos fuerza, y ella estaba mareada y hambrienta. Cuando su deuda mágica se activaba, la dejaba sin energía. Salió del recinto y miró la hora. Todavía no eran las diez, así que iría a comer lo que fuera. Mientras caminaba, llamó a su superiora para informarle de que casi no quedaba residuo y que por ello no había podido tomar muestras, pero que lo había cerrado.

Claro que no había dicho nada de su hermana. ¿Cómo la iba a... vender? Y todavía no tenía claro qué había pasado.

Todavía mareada, entró en una cafetería cercana y pidió un bocadillo de calamares y una coca cola. Se sentó en una mesa mientras escribía a su hermana mayor, Sandy, preguntándole por la pequeña, aunque tampoco es que le fuera a contar nada de Lía, porque pertenecía al Ministerio de Prácticas Arcanas, o MPA y seguro que se lo diría a su superiora. Si se podía definir a Sandy con una palabra sería recta, o más bien, inflexible. Jamás se saltaba las normas. Desde que había entrado allí, hace tres años, Sandy había cambiado mucho. Siempre le echaba en cara que, si no fuera por ella, hacía tiempo que estaría detenida. Todo por el incidente a los dieciséis.

El camarero le trajo el bocadillo que olía de maravilla y le pidió otra bebida, estaba muerta de sed. Le dio un par de bocados y empezó a encontrarse mejor.

Ya casi había acabado cuando alguien se sentó en su mesa y se bajó la capucha. Él. Ezra.

—Hola, Vega. Creo que has ido de caza esta noche. Se te ve hambrienta.

Lo miró. Estaba como siempre, con el cabello revuelto, mojado, una sudadera oscura y esa cara de canalla que le había vuelto loca hace unos años. Sus nudillos, sobre la mesa, tenían tatuajes de contención, aunque ella estaba segura de que alguna vez se los habría saltado. Pero no iba a decir nada. Todo el mundo se saltaba las reglas.

—Sí. ¿Querías algo?

—Siempre tan directa. Sí, la verdad. Quiero saber qué hacías en las ruinas.

—Mi trabajo.

—Ya. Es que pasaba relativamente cerca y he sentido una vibración rara. ¿Ha pasado algo?

—¿Me estabas siguiendo, Ezra?

—Jamás haría eso —contestó con media sonrisa. Nunca sabía cuándo tomarlo en serio. Eso fue una de las cosas que contribuyó a que rompieran—, solo casualidad, Vega. Pero me dio mala espina.

—Lo cerré así que caso resuelto.

Se la quedó mirando y luego ladeó la cara. Vega siguió comiendo como si nada y él movió la cabeza negando.

—No. Hay algo más, como trabajas para el MPA y yo soy un outsider entiendo que no me lo digas. Pero al menos no me tomes por idiota.

—Nunca lo haría. Tengo que irme.

Se levantó para pagar y salió, pero él se levantó y fue detrás. Vega y él eran casi igual de altos cuando eran críos, pero a los dieciséis él estiró y ahora le sacaba casi dos cabezas. La siguió a pesar de que ella protestó con un sonoro bufido.

—Te acompaño un rato. Hace meses que no hablamos.

—¿Y qué?

—Pues que... te echo de menos —dijo y ella se paró en seco, de forma que él tuvo que esquivarla.

—¿A qué viene esto, Ezra? ¿Qué es lo que realmente quieres?

—Joder, Vega. Vale, necesito algo, pensé que no te importaría por lo que tuvimos.

—Eres un cabrón —dijo volviendo a caminar. Él se adelantó y se puso delante de ella.

—Es por mi hermano. Se ha metido en un lío. Necesito... encontrarlo, porque creo que va a hacer una estupidez muy grande.

—No me digas —dijo, mi hermana pequeña y su hermano que tenía dieciocho, dos menos que Lía, siempre andaban metidos en problemas.

—Mira, Vega, no te pido que lo hagas por mí, pero Nay te cayó bien siempre.

—Bien, bien, tampoco. Me llenó las botas de crema de chocolate.

—Podría haber sido mierda. No te quejes.

—A ver, ¿qué quieres?

—Que me ayudes a encontrarlo, eres una sabuesa increíble.

Nos llamaban sabuesas a las brujas que hallábamos los rituales, aunque eso no significaba que me gustase el término, pero ahora que lo miraba a los ojos, sabía que era su cara de preocupación intensa.

—¿Puedo ir a tu casa y explicártelo? Esto es serio, Vega, te lo juro.

—Entonces, me estabas siguiendo y has aprovechado cuando he salido.

—Puede —contestó con una sonrisa suave—, pero prefiero contártelo en un sitio protegido como tu casa. Por favor. Haré lo que me pidas. Es mi hermano.

—Vamos.

Empezó a caminar hacia su casa, en la esquina de la calle San Pablo con Cesar Augusto, un lugar que ella había protegido a conciencia y sí, posiblemente nadie los escucharía, pero que él entrase en su casa otra vez le removía demasiado el estómago y no era por el bocadillo que tan a gusto se había comido hace un momento.

Dejó las cosas en el sofá y él se quedó quieto, sin quitarse la cazadora, pidiéndole permiso, supuso, aunque poco le había importado hacía varios meses, cuando estaban desnudos antes de alcanzar el dormitorio. Se fue a la cocina y le hizo un gesto para que pasara. Entonces Ezra por fin se quitó la cazadora y se sentó en el sofá, esperándola.

—¿Café?

—Por favor —dijo él. En realidad, no tenía ganas de tomar café, pero marcar cierta distancia y poder respirar tranquila por el hecho de que él estuviera de nuevo en su casa, sí, eso sí lo necesitaba. Una vez que la cafetera sacó dos solos, puso las tazas en una bandeja y las sacó al saloncito minúsculo de la casa donde vivía desde hacía cinco años.

Ezra tomó la taza dándole las gracias y ella se colocó descalza, con las piernas bajo su cuerpo, esperando. Estaba cansada, helada y ahora, trastornada por su presencia, por el olor al cuero mojado de su cazadora y a la suave colonia que solía utilizar.

—Empieza a contarme, porque quiero dormir.

—Sí, gracias, Vega. Nay... bueno, ya lo conoces, es Nay. Y no sé con quién anda los últimos tiempos, pero mi madre me llamó hace un par de días diciendo que no lo había visto en cuarenta y ocho horas. No es que él tenga horarios, pero suele acabar en casa en algún momento. Lo he buscado por toda la ciudad y no lo he encontrado. Estoy desesperado.

Lo miró. Sonaba y parecía desesperado, sin duda.

—¿Con quién iba últimamente?

—Con un grupo de brujos jóvenes que suelen ir por el Casco Viejo, ya sabes, calle del Temple y similar, allí hay varios aquelarres digamos... irregulares o no registrados, pero no suelen hacer grandes cosas, más bien tonterías. De esas que se hacen cuando eres un crío.

—Ya. —Ezra y yo nos metimos unos meses en uno de esos grupos cuando éramos adolescentes, pero eran bastante idiotas y yo quería entrar en el ministerio a pesar... a pesar de todo—. ¿Alguno en concreto?

—He seguido su esencia hasta una zona donde hay varios de ellos, aunque no me han dejado entrar en algunos. ¿Y si está retenido?

—¿Al famoso Ezra Mateos no lo dejaron entrar? Sí que has caído bajo.

—Desde que tu ministerio me quitó casi todos los poderes con las runas de retención soy un tipo mediocre —contestó con cinismo. Ella se rebeló.

—Punto uno, no es mi ministerio y punto dos, yo estoy tan jodida como tú. Si hago algo que no debo, la deuda de magia se cobrará un buen pellizco de mi alma. Sabiendo eso, ¿me pides que me arriesgue por Nay... o por ti?

—Tienes razón. Lo buscaré yo. Perdona.

Dejó la taza en la mesa y se levantó, para coger su cazadora. La miró, con tristeza.

—Has cambiado, Vega, antes eras... más rebelde.

—¿Antes de mi maldición? Y mira lo que pasó. Me pides demasiado.

Asintió y salió sin decir nada.

Recogió las tazas de café y echó un vistazo a la de Ezra, solo por costumbre. En ella, los posos del café habían dejado una silueta que no le gustó. La muerte. Esto... no era bueno para él, desde luego.

Abrió la puerta y lo encontró todavía esperando al ascensor al final del pasillo. Se giró, tal vez esperanzado.

—Ven. Hablemos.

CAPÍTULO 2. BUSCANDO DESESPERADO

Ezra

—Hijo, es Nay —dijo su madre cuando contestó al móvil. El cuerpo se le congeló y no por el frío que hacía en el mercado central, sobre todo porque estaba descargando un camión de carne congelada. Por lo visto su hermano andaba inquieto, según su madre, pero no le había comentado nada.

Salió de la cámara frigorífica y el encargado lo miró mal, como siempre. Desde que le habían aplicado las runas restrictivas tenía una magia muy limitada y eso le jodía de una forma increíble, afectándole a su vida cotidiana.

—¿Qué pasa, mamá?

—No te quería llamar porque ya sabes cómo es... pero es que lleva dos días sin aparecer por casa y últimamente ha estado raro. ¿Puedes intentar llamarle? Lo mismo a mí no quiere cogerme el teléfono.

—Tranquila, yo me encargo. ¿Sabes dónde ha estado?

—Por el centro, no sé nada más. Ha estado saliendo de noche y sospecho que se ha metido en alguno de esos aquelarres de jóvenes, como... bueno, ya sabes.

—Te digo algo. Si se te ocurre cualquier cosa, envíame un mensaje.

—Gracias, Ezra —suspira y cuelga. Me vuelvo hacia mi jefe.

—Tengo que irme, mi hermano pequeño tiene un problema grave.

—Ezra, si te vas, no vuelvas. Me tienes hartos.

—Si hago mi trabajo...

—Puede ser, pero este trabajo nunca ha sido para ti y... haces que los demás estén incómodos.

Si hubiera tenido su magia, acabaría atado contra la pared. Era capaz de manejar los elementos físicos como ninguno, o eso era antes. Lo miró mal y salió de la empresa después de recoger sus cosas. Un trabajo de mierda, sin duda, pero al menos tenía un sueldo fijo, algo que agradecían en casa. Su madre recibía una escasa pensión de viudedad y su hermano... ni estudiaba ni trabajaba. Su magia era fuerte, magia elemental de agua y tierra, a diferencia de él que tenía... que tuvo la elemental de objetos, especialmente los metálicos. En sus buenos tiempos, fue capaz de doblar una viga de hierro sin problema alguno.

Uno de los mejores alumnos que la escuela había tenido, según la directora Creuset. Vega Santacruz y Ezra Mateos estaban en lo más alto, cada uno en su especialidad. Tal vez por eso se enamoraron. Y puede que ambos hubieran sido castigados a lo largo del tiempo por ese motivo. Él, con runas restrictivas. Ella, con una maldición de deuda mágica.

Movió la cabeza y se fue directo a la zona del casco antiguo que estaba al lado del mercado. No habían dado las campanadas que indicaban las cinco de la mañana por lo que sería posible que muchos de los grupos que se reunían por la zona estuvieran todavía celebrando el Yule. Hacía mucho que él se había alejado de todo eso. De los grupos de jóvenes que antes frecuentaba, desde luego. De los demás, también. Nadie quería verse relacionado con alguien castigado por el ministerio. O puede que la ruptura con Vega le hubiera afectado más de lo que quería reconocer.

Se acercó al club de los Diablos y golpeó la puerta con fuerza. Un tipo vestido de negro y rojo abrió y lo miró de arriba abajo.

—Vaya, Ezra, cuánto tiempo.

—Mikel, estoy buscando a Nay. ¿Está aquí?

—No. Ni siquiera sé por qué te estoy hablando, tío. Lárgate.

Intentó cerrar la puerta, pero Ezra la paró con la mano. No tenía magia, pero estar trabajando duro descargando camiones lo había puesto más fuerte que cuando estaba en la escuela. Mikel levantó la mano y un suave fuego salió de ella.

—No querrás que te chamusque, ¿verdad?

—Tío, éramos amigos. Solo busco a mi hermano, nada más.

—Lo has dicho, éramos. —Apagó el fuego y bajó la voz—. Tu hermano no está aquí, pero prueba en Los Locos. Eso sí, yo no te he dicho nada, porque esa gente hace honor a su nombre. Están mal de la cabeza.

—Gracias, Mikel.

Lo miró con pena, luego con rabia y cerró la puerta. Bueno, tal vez tenía una pequeña pista. Se conocía la zona, aunque el grupo de Los Locos no sabía muy bien dónde podría reunirse. Llamó a otras dos puertas y acabó encontrando la ubicación. El local del aquelarre estaba en la esquina de una de las calles más pequeñas. Olía a meados y a bebidas tiradas por el suelo, de hecho, sus botas se iban pegando mientras caminaba. Hace unos años se habría sentado allí sin problemas, solo si ella hubiera estado a su lado.

Miró la casa, era de las estrechas con una sola ventana por fachada y parecían tapiadas con tablas, sin embargo, se veía algo de luz que salía por alguna rendija. Puede que se hubieran hecho con todo el edificio. Ya no solía relacionarse con brujos o ellos con él, pero sabía que era un aquelarre nuevo, de los que jugaban con las ideas antisistema, siguiendo la magia de la ruptura de Medea la Roja, la bruja que estaba poniendo de cabeza al ministerio y a la que nadie había visto.

La entrada estaba cubierta de símbolos arcanos de protección, sobre todo para los humanos no mágicos. Golpeó la puerta fuerte y aunque escuchó ruido detrás, nadie abrió. Volvió a dar un par de puñetazos sin conseguir nada.

Notó la vibración de la magia expulsiva. Alguien estaba haciendo que sintiera la pulsión de marcharse. No lo querían allí.

Retrocedió y se colocó en una esquina de la calle, mirando el edificio. Vio una silueta que lo observaba. Se puso delante de la casa, su cazadora oscura, sus ojos azul hielo fijos en la ventana hasta que las luces se apagaron. Debía entrar en ese edificio. Puede que Nay no estuviera allí, pero le jodía que no le dejaran pasar, que le hubieran lanzado un hechizo de expulsión, algo que podría hacer solo un mago sensorial y ellos estaban muy vigilados por el ministerio. Eran capaces de manipular la mente como si nada, y muchos de ellos vivían encerrados por ese motivo en los edificios de los ministerios de cada ciudad.

Se marchó, buscando en otros aquelarres que, si bien lo recibieron con frialdad, no pusieron problema en decirle que Nay no estaba allí. Su estómago se encogió de miedo por su hermano. Tendría que haber estado más atento a las señales.

Pasó por casa para ver a su madre que tenía profundas ojeras en su rostro. Estaba en la pequeña cocina, agarrando la taza de té humeante, todavía sin vestir y con el cabello recogido en una coleta. Al verlo, se animó, supuso que pensando que sería Nay, porque luego su rostro se decepcionó. Y sabía que lo quería, claro, pero había sido un auténtico gilipollas toda su vida.

—¿Algo?

—No, de momento, pero tengo una pista. Voy a revisar su habitación, si no te parece mal, por si encuentro algo.

—Claro, Ezra, estás en tu casa. No hagas ruido, el abuelo sigue durmiendo.

—Sí.

—¿Has desayunado, hijo? Estás más delgado.

—No, si me haces un café...

—Claro que sí y unas tostadas. Cuando salgas del cuarto de tu hermano, lo tengo hecho.

Dejó la cazadora colgada en la silla de la cocina y se metió en la habitación de Nay. En la casa había dos habitaciones, además de las de su madre. La suya ahora estaba ocupada por el abuelo, el padre de su padre, que se había vuelto muy dependiente y su madre había decidido acogerlo, ya que sus propios hijos de sangre habían renunciado. Ella no tenía ninguna obligación, puesto que su esposo la había dejado hacía doce años y se había largado, hasta que, puesto que no dio señales de vida, el ministerio lo consideró muerto. Y su abuelo, aunque era un buen hombre, empezaba a mostrar signos de demencia, por lo que le habían atado la magia, para que no provocase ningún desastre. Y eso acabó por sacarlo de la realidad. El ministerio era así. Tajante.

La habitación de su hermano estaba hecha un desastre. Nay no era ordenado, sin embargo, su escritorio estaba vacío, impoluto. Ya no tenía esos

cuadernos donde escribía sus historias, incluso a veces sus visiones. Rebuscó por los armarios sin encontrar nada, y tampoco debajo de la cama. Por instinto se dirigió a la cajonera donde guardaba las camisetas y revisó cada uno de ellos sin éxito, pero en el último sintió como un latido. Sacó todo incluso el cajón y metió la mano. Había algo.

La magia le pinchaba, pero incluso así pudo ver el cuaderno. Uno de los diarios de Nay, sin duda. Volvió a meter todo y lo guardó en la mochila. Estaba protegido y necesitaría a alguien que pudiera abrir el sello. Alguien como Vega. El corazón se le paró por un milisegundo solo por pensar en ella. Salió a la cocina y tal y como había dicho, su madre le había preparado no solo café y tostadas, sino zumo de naranja. Se lavó las manos y se sentó con ella.

—¿Has encontrado algo?

—Puede ser, ya te diré. ¿Cómo estás, mamá?

—Tirando. Cuidar del abuelo es cada día más difícil.

—Los cabrones de los tíos deberían hacerse cargo de él.

—Lo sé, pero es tu abuelo.

—Y no reniego de él, pero ellos tienen pasta, una casa grande... joder, mamá, que lo tengas que cuidar tú que eres la que peor lo tiene y después de que papá...

—Vale, Ezra. No lo voy a abandonar. Él me quería mucho y también a vosotros. No seas tan cruel.

Dio un sorbo al café y mordió la tostada. Asintió mientras ella se servía un café también.

—¿Y el trabajo? ¿Qué tal?

—Bien, como siempre.

No le quiso decir que acababa de perderlo, porque gracias a su sueldo podían contratar a una persona que le ayudaba a cuidar de su abuelo. Puesto que su padre estaba muerto, le había correspondido una pequeña paga, su sueldo como ayudante en una carnicería no daba para más. Ella no tuvo magia, aunque procedía de una familia que sí tenía y que la rechazó al nacer yerma; los hermanos la heredaron de su padre.

Desayunó mientras su madre se iba a arreglar. La mujer que cuidaba a su abuelo abrió la puerta y lo saludó con afecto. Era como una prima lejana que vivía en la misma casa y aunque no sabía cómo lo hacía porque andaba cerca de los setenta, cuidaba muy bien de su abuelo.

—Ezra, qué alegría verte. Tu madre está preocupada por Nay.

—Lo sé, lo estoy buscando.

Ella le dio un suave abrazo que olía a lavanda. No era una bruja con mucho poder, pero sí tenía una agradable magia elemental de tierra.

—Lo encontrarás, lo sé.

—Tengo que irme, infórmame, por favor —dijo su madre con un rápido abrazo.

Dejó la taza en el fregadero y preparó el café con leche y cacao que tomaba su abuelo. Hacía días que no pasaba a verlo, que no los veía a ninguno. ¿Por qué había sido tan imbécil?

El hombre salió apoyado en el bastón y acompañado de la vecina y al verlo al principio no lo reconoció, pero luego sonrió.

—Hijo mío, hacía mucho que no te veía, ¿has venido a verme con tus hijos? Son muy traviesos.

Lo abrazó con pena y le ayudó a sentarse. Era cierto, se parecía mucho físicamente a su padre, y a su abuelo, con los ojos azul hielo y el cabello tostado. Nay había salido más a su madre, moreno y de ojos color miel. La vecina le puso unos bizcochos que su abuelo miró con apetito.

—¿Quieres uno, hijo? Te veo más delgado.

—Ya he desayunado. ¿Has visto a Nay últimamente?

Sabía que... no serviría de nada, pero por intentarlo.

—Nay... Nay... ah, sí, mi nieto pequeño. Está muy enfadado, se ve que su hermano le ha hecho rabiar. Dijo que quería hacer algo... cómo era... algo... no recuerdo.

Se quedó pensativo un momento, dando vueltas al café con leche mientras la vecina se había ido a ventilar su habitación. Luego, su abuelo levantó la mirada, con el rostro feliz.

—¡Algo grande! Sí, eso dijo. Algo grande que haría que nadie se olvidara de él. Me lo dijo porque... porque Ezra le había quitado el camión de bomberos. Sí, pero Ezra es un buen chico, hijo mío, de verdad que lo sé. Tiene un gran corazón, aunque él no lo sepa.

Tragó saliva mientras su abuelo cogió un bizcocho y lo mojó en el café. La vecina se asomó a la cocina.

—Yo también lo creo, Ezra. Tienes un gran corazón, aunque esté envuelto de una capa de tontería.

Sonrió. Los conocía desde pequeños y sabía las muchas trastadas que había hecho. O cómo, de joven se convirtió en un pequeño delincuente hasta que... la encontró a ella.

—¿Por qué dice que Nay estaba enfadado?

—No sé decirte, ya sabes que siempre ha sido huraño. Y cuando yo venía, él ya no estaba. Decía que se iba al gimnasio, pero nunca lo creímos. Otras veces nos contaba que había tenido alguna entrevista en tal o cual aquellarre, pero no se graduó, Ezra, y ya sabes lo estúpidos que son algunos, por mucho talento que tenga alguien, exigen un titulillo de mierda.

Alzó los ojos, sorprendido, Kira nunca era tan radical. Luego ella sonrió y le dio un abrazo.

—Por favor, encuentra al cabeza loca de tu hermano y tráelo para casa o a tu madre le dará un ataque.

—Haré lo que pueda, pero ya sabes cómo es.

Ella asintió y se levantó para despedirse de su abuelo y de ella. Salió de casa y aunque pateó la ciudad de arriba abajo, no consiguió nada. Y así durante los siguientes dos días. Desde luego, el aquelarre de Los Locos no le había dejado entrar y por mucho que lo había intentado de varias maneras, incluso llamando a la policía denunciando un secuestro, no hubo forma. Se quedaba sin opciones. O bueno, con una sola opción.

Llamó a una de sus primas por parte de madre que trabajaba en el ministerio para localizar a Vega. Consiguió que le dijera que andaría por el centro esa noche, así que la buscó hasta encontrarla. La vio meterse en las ruinas del teatro romano y se quedó pendiente, medio asomado. El encuentro no fue agradable cuando la pilló comiendo un bocadillo. Sin duda había forzado la magia porque estaba hambrienta.

¿Por qué estaba tan bonita, incluso con el cabello empapado de lluvia? Seguía oliendo a cítricos y él quiso besar su piel otra vez, pero no era lo importante. No podía pedirle nada, no lo merecía, incluso por Nay. Así que al negarse, se fue, pero cuando ella salió de su casa mientras llamaba al ascensor decepcionado, el corazón le dio un vuelco. Volvió a su piso, esperanzado.

—No lo hago por ti, Ezra. Y me juego estar jodida un tiempo.

—Te lo agradezco, de verdad. Te deberé una bien grande.

Ella bufó y lo dejó pasar de nuevo. Parecía nerviosa, en realidad.

—¿Qué ha pasado? ¿No salió bien la limpieza?

—Sí, limpié el sello y lo cerré. Siéntate. Necesito ducharme y luego hablamos. Hazte otro café si quieres.

Se metió en la habitación y él quiso seguirla. No se había dado cuenta de lo que echaba de menos recorrer su piel, besarla en los puntos que a ella le hacían estremecer. No había sido una relación larga, porque primero fueron amigos y compañeros de fechorías, pero sí que durante un pequeño tiempo se amaron con locura. Luego ella se fue tres años. Cuando volvió, retomaron la relación, la dejaron y hacía ocho meses se encontraron y acabaron en la cama. Eso fue todo. Preparó una cafetera de nuevo y abrió la puerta del armario donde solía guardar los dulces. No había muchos, pero los sacó. Cuando ella salió, vestida con una cómoda sudadera y unos leggings, olía a café recién hecho. Vega se dejó caer en el sofá y él sacó las tazas y el bizcocho.

—Has encontrado mi alijo.

—Sueles guardar las cosas en el mismo sitio siempre, Vega.

—¿Tan predecible soy?

Se encogió de hombros. No quería molestarla y menos cuando había accedido a ayudarlo.

—Entonces, ¿qué le pasa a Nay?

—He encontrado uno de sus diarios, pero está sellado. Quizá podrías ayudarme. Podríamos preguntar a tu hermana Lía, tal vez ella sepa algo.

—Hace semanas que no la veo. Se ha vuelto... rebelde. Ha cambiado.

La miró, parecía que quería decirle algo, pero no se decidía.

—Si sabes algo que pueda ayudarme, te ruego que me lo digas.

—No sé si tiene que ver, Ezra. Es que, joder, había sangre esta noche en el sello que he quitado. Sangre de mi hermana.

—No puede ser. ¿Se ha... unido a la hermandad de Humo, con Medea?

—No tengo ni idea. Ya sabes lo estrictos que son mis padres y desde que... me independicé, y por todo lo que sucedió hace ocho años, no tengo una buena relación. Ni siquiera sabía que Lía ya no vivía en casa. Sandy me dijo que se había marchado cuando discutió con ellos y luego me echó la bronca diciendo que si era como yo... ya sabes.

—Tu hermana mayor es insoportable, eso sí lo sé.

Vega sonrió un poco y él sintió que se le iluminaba el alma. Carraspeó.

—Entonces, ¿qué sabes de Lía? ¿Y si ambas desapariciones están relacionadas? Sabes que Medea se dedica a captar a chavales inquietos.

—Podríamos ir a ese aquelarre que dices y ver qué nos tienen que decir.

—Intenta abrir el sello antes, por favor. Si... si puedes.

Sacó el diario de su hermano y lo dejó sobre la mesa. Ella suspiró y quitó las tazas y el bizcocho.

—Me costará un castigo, lo sabes. No es la magia que se me permite realizar —dijo mirándolo.

—Te juro que te protegeré en lo que pueda. Pero puede ser importante y no solo para mi hermano.

—Lo sé. Vamos a ello.

Ella se colocó de rodillas sobre la alfombra y puso las manos encima del libro que pareció moverse. Cerró los ojos e invocó al Arkano mayor que le daba sus dones para remover sellos. El libro pareció botar bajo ella, pero mantuvo con fuerza. Por fin, retiró las manos, temblando.

—Ya está —dijo helada. Incluso de su boca salía vaho, como si la habitación estuviera a varios grados bajo cero.

Sin pensarlo, la tomó en brazos y se sentó en el sofá, dándole calor, frotando su espalda y sus hombros mientras ella temblaba.

—Ess... maldii... calor...

—Maldita sea.

La levantó y la llevó a la cama, le quitó la ropa y la dejó solo con la interior y él hizo lo mismo. Se metió con ella y la abrazó, cubiertos con el edredón hasta la cabeza. Su cuerpo estaba helado y, sin embargo, él comenzaba a arder de

deseo, aunque no debía. Frotó con fuerza sus muslos, sus brazos y ella empezó a reaccionar. Dejó de temblar y se giró para acomodarse en su pecho.

—Había una...maldición muy fuerte, me dio de lleno —susurró.

—Lo siento, lo siento. No lo sabía, te lo juro —contestó él abrazándola.

Ella pasó sus piernas heladas entre las suyas y las manos frías en la espalda le produjeron un escalofrío. Se quedaron quietos un rato hasta que ella comenzó a recuperar la temperatura. Entre sus rostros, la distancia de un beso. Ella lo miró y se mordió el labio. Él se acercó y lo rozó con los suyos, pero Vega lo apartó con la mano.

—Perdona. Lo siento —dijo él apartándose un poco. No quería tampoco que notase lo excitado que estaba, a pesar de que ella había estado mal.

—No, gracias. O sea. Técnicamente no estaría así si no hubiera intentado quitar la maldición, pero me has hecho entrar en calor. Y me has... desnudado.

—Ya sabes, piel con piel produce calor —dijo con una leve sonrisa. Ella cerró los ojos y se quedó un momento quieta, muy cerca de él, pero no lo suficiente.

—O Nay se ha vuelto muy poderoso de repente o alguien ocultó el diario por algún motivo.

—¿Lo averiguamos?

—Sí.

Se levantó y él no pudo dejar de mirar su esbelto cuerpo. Seguía estando igual, ligeramente curvilínea, algo atlética. Había olvidado lo bien que se sentía cuando la tocaba, cuando la olía. Añoraba su cuerpo, pero también su mente. ¿Cómo pudo cagarla tanto?

Se vistió deprisa porque ella ya estaba en el saloncito. Miraba el diario como si fuera algo extraño.

—Ábrelo, Ezra.

Él se acercó y levantó una de las páginas, comprobando que el sello había desaparecido del todo. Echaron un vistazo a lo que había escrito su hermano. Había muchos dibujos de monstruos apocalípticos, como si estuviera escribiendo una novela gráfica, pero al final hablaba de la hermandad del Humo.

—Mira, habla de una tal Phoenix, que lo acompaña. ¡Joder! ¡Mierda!

—¿Qué pasa?

—Yo llamaba así a mi hermana. Puede que estén juntos, Ezra.

Siguieron leyendo, no había nada especial, solo hablaban de la injusticia del ministerio, de que se tenían que liberar a los brujos y de frases que solía publicar Medea en pequeños panfletos que se repartían por distintos lugares, incluso aunque el MPA intentase evitarlo.

—Entonces, que tu hermana haya hecho algo con un sello tal vez no sea casualidad.

—Las casualidades no existen. Había un mensaje.

Le mostró el papel y Ezra lo leyó.

—La ciudad está despertando y todavía no te has enterado.

Se la quedó mirando y ella asintió.

—Iba para mí. Sabía que me enviarían a buscar el sello. ¿En qué líos se han metido?

—La culpa no es de ellos, o al menos, no del todo. La gente está muy descontenta con el ministerio y en lugar de acercarse a los más jóvenes, los presionan o peor, los castigan, como hicieron con nosotros. ¿Acaso es justo que nos despojaran de la magia?

Ella se giró, supuso que para que no viera las lágrimas que le había costado perderlo todo. Ezra la tomó de los hombros y le hizo mirarlo a los ojos.

—Recuperemos a nuestros hermanos y después hablaremos de lo demás. ¿De acuerdo?

—Sí. Vamos a ese lugar.

—Estás debilitada, deberías descansar.

—No, quizá comer algo o... ya sabes lo que me recupera —dijo ella bajando la mirada.

—Haría lo que fuera por ti, Vega, lo que fuera.

Lo decía sincero y tener sexo con ella era algo que solo había soñado en las noches donde la tristeza lo embargaba. Algunas veces se había desahogado pensando en su piel, otras, se decía lo estúpido que había sido.

—Solo será por este tema. Ya lo sabes.

—Lo sé. Vamos.

La condujo hacia la cama. Las brujas afectadas por deuda de magia se recuperaban con la comida o con el sexo. Empezó a desnudarla mientras ella se dejaba, y él se quitó el jersey. De nuevo estaban en ropa interior y Vega parecía nerviosa. Él se moría de deseo y no sabía cuánto hasta que se percató que estaba a segundos de poseerla.

—Imagino que no te importa, dices que me debes una —dijo ella dudosa y no pudo esperar más a besarla. Sus labios la atraparon mientras las manos recorrían su espalda, pero no para darle calor, sino para hacerla arder.

Ella se apretó gimiendo en su boca y sintió que podría derretirse. La levantó y la llevó a la cama. Con rapidez, desabrochó su sujetador y atrapó el pezón. Ella se arqueó y bajó la mano por su vientre. El sexo de recuperación solía ser rápido y salvaje y no tardarían mucho en estar unidos. Él daría algo de su energía y por minutos, se quedaría sin fuerzas, pero no duraría mucho. Eso era lo que les había pasado en otras ocasiones con ella, claro.

Le quitó la braguita y comprobó que estaba preparada. Se quitó la ropa y se colocó sobre ella. La miró a los ojos. Su semilla era la que le daría de nuevo la fuerza, por lo que no usarían ninguna protección. Ella accedió y él se introdujo en ella, maravillándose de la suavidad de su textura. Gimieron al

encontrarse de nuevo, como si sus cuerpos no hubieran sufrido una dolorosa separación, como si no hubieran sufrido tanto desconsuelo desde entonces.

Él se entregó para complacerla. Ella cerró los ojos, pero él la besó hasta que le obligó a abrirlos.

—Mírame, Vega. Te lo doy todo —dijo mientras ella se estremeció y comenzó su largo orgasmo. Él se dejó ir, sintiendo que ella absorbía parte de su energía y no le importó. Le daría la que necesitara.

Acabó casi desfallecido, sobre ella, sin fuerzas para quitarse de encima. Ella le dio un suave beso y lo ayudó a moverse para un lado. Ezra respiraba agitado y Vega los tapó a los dos.

—Me has... dado mucha energía. No deberías...

—La necesitarás —jadeó él—. Dame... dame un momento.

Ella se echó en su pecho y él notó que su corazón se volvía otra vez loco por ella, o tal vez nunca dejó de estarlo. Poco a poco, sintió que su cuerpo reaccionaba y comenzaba a recuperarse. El calor llegó de nuevo a sus extremidades y la respiración se hizo más regular. Lo gracioso era que solo le había pasado con ella. ¿Sería porque sentía algo más?

—¿Estás mejor, Ezra? —preguntó pasando la mano por su incipiente barba castaña.

—Sí, tranquila. Besarte de nuevo es...

—No empieces. Sabes lo que ha sido esto —dijo ella apartándose.

—Lo siento, tienes razón.

—Haré café y nos iremos a ver ese local.

Se levantó y fue al baño, no para lavarse, las brujas absorbían en su cuerpo el semen y cualquier otra segregación de las relaciones sexuales, les daba una fuerza extraordinaria. Y no había alguien mejor que otro brujo. Los humanos no tenían tanto poder en ellos. Se levantó, casi temblando y se vistió como pudo. Él le había dado lo que había podido sin morir en el intento y le iba a costar recuperarse un poco. No le importaba.

Lo daría todo por ella.

CAPÍTULO 3. EN EQUIPO

Vega

Podría decirse a sí misma que acostarse con Ezra había sido algo práctico para recuperar su magia.

Posiblemente se creería esa mentira si no hubiera disfrutado de besarlo, de rozar su piel o de que le hiciera el amor, aunque hubiera sido rápido e intenso.

Cierto, se encontraba muy recuperada físicamente. Y había disfrutado de su cuerpo, como entonces. No admitiría cuánto lo echaba de menos. Cerró su corazón con doble candado porque no soportaría que él volviera a hacerle daño. Se encerró en el baño para lavarse la cara. Su piel lucía sonrosada y tersa, y las ojeras habían desaparecido. Ezra siempre producía ese efecto en ella.

Desde los dieciséis las brujas podían tener sexo con quienes deseaban. Los hombres o mujeres requeridos normalmente no se podían negar, aunque siempre con límites. No se podía con personas comprometidas con otras o si no lo deseaban de ninguna manera, algo que no solía suceder. Ella supo que sería con él la primera vez. Tenía su edad y no era mucho más alto, pero a pesar de que a su familia no le satisfizo su elección, nadie le dio importancia. El sexo de las brujas era constante y totalmente libre.

Ezra era un híbrido, hijo de una no mágica, aunque con buena ascendencia. Ella era hija de dos magos poderosos en muchos sentidos. Su hermana mayor seguiría la carrera de su madre en el ministerio. Su padre era uno de los sacerdotes de la iglesia pagana. Se esperaba mucho de ella. Posiblemente, que no se metiera en líos.

Pero sintió una fascinación por los ojos de color hielo de Ezra, por su descaro y curiosamente, se unió a ella de una forma que no esperaba. Siempre había sido el chico malote de la escuela, el popular y ella era la niña bonita, la que debía portarse bien. ¿Por qué lo eligió a él? Sabía que él podía irse con cualquiera. No lo hizo. Solo se acostaban cuando había prácticas demasiado duras de las que no podrían recuperarse con la comida. Él siempre estaba dispuesto.

Luego se hicieron grandes amigos: él le contó lo que sintió cuando su padre los abandonó; ella, lo distantes y posiblemente decepcionados que sus padres estaban con su magia. Llevaban un año siendo cómplices, cuando ella hizo algo imperdonable y fue castigada. Él se enfadó muchísimo con el colegio, con el ministerio, con todos..., y comenzó a volverse más impredecible. No supo verlo entonces, pero la mecha de su rebeldía se había encendido. A ella la mandaron tres años a estudiar fuera y cuando volvió, el reencuentro fue intenso.

Salieron durante unos seis meses, hasta que ella se dio cuenta de que no podía contar con él. Y lo dejó.

Suspiró mientras se vestía. Puede que siguiera enamorada de él, pero había sido tan... impredecible que no podía estar con él. Bastante complicada se había vuelto su vida. Y luego él hizo algo delictivo y restringieron su magia. No había vuelto a verlo desde ese día loco que se acostaron y no volvieron a quedar y de repente, otra vez habían tenido sexo.

—Solo ha sido por necesidad, por recuperarme —mintió a su reflejo del espejo, que le dio la razón.

Cuando salió, él había recuperado el color y estaba comiéndose su bizcocho con otro café.

—Lo siento, lo necesitaba.

—Claro, adelante —respondió ella sintiéndose culpable—. ¿Dónde está ese aquelarre?

—En el centro —contestó tomando el último trago de café. Ella deseo probarlo en su boca, pero desvió la vista.

—Vamos.

—¿No tienes que ir al ministerio a dar tu informe?

—Lo pasé por correo. No, siempre tengo un día de fiesta después de hallar uno... para recuperarme. Desde la deuda de magia me cuesta mucho, cada vez más.

—Es que fue muy injusto —dijo él serio. Se pusieron los abrigos y salieron al pasillo para tomar el ascensor.

—¿Y tú cómo lo llevas?

Entraron en el ascensor y ella pulsó el botón de la calle. Estaban frente a frente, demasiado cerca como para que no le afectara. Él deslizó una sonrisa irónica en la cara.

—Algún día los volveré a tener. Es una condena temporal. Supongo que eso me consuela. Solo que no está siendo fácil y menos con Nay. Mi hermano no ha querido terminar la academia y tampoco buscar trabajo.

—¿Y cómo os arregláis?

—Tranquila, lo hacemos —dijo molesto. Se volvió hacia la puerta. Había sido siempre muy orgulloso con respecto al dinero. No permitía que ella pagara nada de lo suyo. Aunque ahora que estaba fuera de su familia, el sueldo que le daba el ministerio le alcanzaba para el alquiler y poco más. Sus padres no le daban un céntimo.

Salieron a la calle en silencio. La escasa complicidad que habían compartido cuando unieron sus cuerpos se había esfumado y la distancia que les había separado volvía a estar presente. Caminaron hacia el lugar, ella vivía muy cerca, por lo que, en menos de diez minutos, ya estaban delante de la puerta.

—Se notan los cierres —dijo ella pasando la mano por encima de la superficie.

—¿Puedes abrirlos?

—Seguramente. Aunque son potentes.

—Estaré aquí.

Vega asintió y se colocó delante de la puerta. No había mucha gente pasando por la calle, no era un lugar agradable y además los aquelarres ponían hechizos pequeños para espantar a los curiosos.

—*Aperi, clavis antiqua. Voluntas mea disruptio sit* —dijo ella pasando la mano y dibujando una espiral. La puerta se estremeció y se escuchó como si varios candados se aflojasen. Ezra la tomó de la cintura cuando vio que se tambaleaba.

—Demasiado fácil, Vega —dijo y ella, que tenía una película de sudor en la frente, levantó una ceja.

—Me ha dejado tocada, te aseguro que no ha sido fácil.

—No me refiero a eso. Quédate aquí, entraré yo.

—Ni de coña —contestó ella. Aun así, dejó que él abriera la puerta. No quería confesar que le temblaban las piernas. Entró tras él. La entrada era un lugar sucio y oscuro y daba a dos puertas que estaban cerradas y a unas escaleras. Subieron despacio, vio que Ezra se había puesto un puño americano en su mano derecha y no le pareció buena señal.

Llegaron al primer piso, había un par de jóvenes tirados en el sofá y varias pipas de Azulea, la droga que solían consumir los jóvenes brujos y que les hacía tener visiones, o eso pensaban. No se movieron y siguieron mirando los demás pisos, no había nadie más.

Ezra se acercó a uno de los que todavía estaba despierto y lo ayudó a sentarse.

—¿Has visto a Nay Mateos o a Lía Santacruz?

—Ehhhh... Puede ser... yo... no...

—Déjame probar algo —dijo Vega.

—No lo hagas —exclamó Ezra tomándole de la mano. Ella lo apartó.

—Si me desmayo me llevas a casa. Ya sabes dónde están las llaves.

—Joder, Vega.

Ella no le hizo caso y puso su mano en la frente del chico que sufrió una sacudida. Había aprendido sin querer a leer mentes y, aunque drenaba su energía, solía ser bastante efectivo.

La información le llegó confusa y cuando apartó la mano, él la tomó en brazos.

—¿Lo tienes?

—Sí. Necesito...

—Tranquila, te tengo.

Bajó las escaleras con ella cargada mientras se recostaba en su cálido pecho. Volvía a estar helada y probablemente si no hubiera recargado energía antes de ir allí, se habría desmayado al instante. Leer las mentes de otras personas solo era algo que podían hacer los Sensoriales y algunos magos o brujas por casualidad. Ella nunca se lo había mostrado a nadie, solo a él.

Sin darse cuenta cómo, habían llegado a casa y él hizo equilibrios para abrir la puerta con ella encima, pero lo consiguió. Entraron y la dejó sobre la cama, para quitarle la ropa. Él se la quitó también, para darle la energía que necesitase, pero Vega negó. Si lo exprimía de esa forma, podría producirle un colapso.

—No, solo échate a mi lado un momento, me recuperaré.

—Pero Vega...

—No.

Se echaron juntos, Ezra le dio el calor que pudo y ella pensó que ojalá no hubiera pasado nada y continuasen juntos, porque sus cuerpos, que se habían vuelto a reconocer, estaban hechos el uno para el otro.

CAPÍTULO 4. EL DESASTRE A LOS DIECISÉIS

Ezra

Corrían por los pasillos de la antigua mansión a las afueras donde el ministerio había creado el colegio de Aragón y de la que se conocían cada recodo y pasillo oculto. No por nada se habían escapado cientos de veces para estar juntos.

Aunque él era uno de los populares, estaba claro que no por su dinero o ascendencia mágica, sino por ser el chico malo del instituto, el descarado, el que siempre cuestionaba todo. Ella lo había elegido hacía un año para que fuera el primero y todavía no podía recordarlo sin sentir un estremecimiento.

Vega reía bajito mientras él la llevaba por el pasadizo que daba a la torre. El lugar era un antiguo castillo del siglo XII restaurado y desde que era crío se había dedicado a recorrerlo por su cuenta. Además, se sentía orgulloso porque durante todo este año, había dado el primer estirón y casi alcanzaba el metro ochenta.

—Ay, Ezra, esto no sé si está bien —dijo ella parándose en seco al ver las escaleras que llevaban a la torre, donde estaban guardados todos los archivos más secretos del ministerio. Su madre trabajaba allí y su padre era un obispo, pero lo iban a elevar a alto sacerdote. Que tuvieran una hija un tanto díscola no sería de su agrado.

—Solo vamos a echar un vistazo. Será divertido.

Él quería fascinarla. Habían tenido sexo cuando ella cumplió los dieciséis, los mismos años que él y se enamoró de su suavidad, y aunque para él también fue la primera vez, aunque lo negase, hizo lo posible para darle lo que necesitaba. La deseaba. Eran buenos amigos y no quería estropear su amistad, pero quería volver a sentirla. Y sí, otras brujas lo habían solicitado y accedió, solo que no eran ella.

Abrió la puerta manipulando un alambre hasta que se convirtió en la llave perfecta y entraron a la enorme biblioteca. Vega, a la que le encantaba leer, se quedó con la boca abierta. Dio una vuelta, maravillada, sin atreverse a tocar nada. Él deseaba impresionarla y que ella accediera a acostarse con él de nuevo. Su amigo Mikel le había dicho que, si quería tirársela, debía conquistarla. No es que él deseara *tirársela*, quería besarla y hacerla feliz.

—¿Qué te parece?

—Me encanta, Ezra —había contestado ella con los ojos brillantes. Grabó su rostro encendido para guardarlo muy dentro de su corazón—. ¿Cómo lo descubriste?

Él se acercó a ella y aunque no se atrevió a tomarla de la cintura, acarició su rostro, retirándole uno de sus rebeldes mechones castaños.

—Casualidad. ¿Quieres ver algo muy especial? Hay tratados que hablan de profecías y adivinaciones. Están escritos en lenguaje antiguo y no los vamos a entender, pero son muy bonitos.

—No deberíamos tocarlos, Ezra —dijo ella, pero él adivinó que lo deseaba. La tomó de la mano y subieron a un altillo donde había media docena de libros en una vitrina que volvió a abrir con su llave especial.

Ella pasó la mano por los lomos anticuados hasta que uno vibró en su mano y lo tomó con cuidado. Él se preocupó, pero haría lo que fuera para contentarla.

Lo abrió. Se trataba de un pequeño tratado de magia escrito en lengua antigua y con dibujos curiosos que mostraban a una bruja encapuchada con el cabello largo y una túnica azul pintada a mano, realizando hechizos en una cabaña del bosque. Cuando pasó la página, ambos vieron que la bruja los miraba directamente, o eso sintieron. Vega comenzó a temblar.

—Vámonos, hace frío.

De su boca salía vaho y no comprendía qué le estaba pasando. Tenía las manos pegadas a la portada y contraportada y por mucho que sacudía los brazos, estaban unidos. Ella lo miró aterrorizada y él intentó arrancárselo, pero salió volando hacia atrás y derribó una estantería.

—¡Ezra!

—Buscaré ayuda, tranquila, no va a pasar nada.

Pero sí pasó. El bajó corriendo las escaleras para buscar a alguna profesora, incluso cuando se fuera a llevar la bronca del milenio. Asumiría todas las culpas. Entonces, cuando ya estaba por el pasillo, se escuchó una explosión. Intentó subir de nuevo, pero varios profesores se le adelantaron. El fuego devoraba los valiosos tomos mientras que alrededor de Vega había un círculo también de fuego que la preservó de quemarse. Pudo ver su rostro asustado y las manos libres. Ya no estaba pegada al libro.

Los magos adultos apagaron el incendio, sin embargo, muchos libros se habían perdido. Él intentó con todas sus fuerzas entrar, decir que había sido él, pero los mandaron a las habitaciones. Al día siguiente, ella salió de viaje a un instituto de Londres, donde llevaban a los chicos problemáticos. No la volvió a ver hasta tres años después, y tampoco pudo hablar con ella. La habían castigado sin comunicarse con nadie.

Vega jamás le contó lo que pasó esa noche y sin duda, se debió sentir traicionada. Él la había dejado y no estaba cuando sucedió aquello y no se lo perdonaría jamás.

CAPÍTULO 5. UN NUEVO CASO

Vega

Se removió en la cama buscando a alguien. A él. ¿Se lo había imaginado? Estaba hecha polvo y poco a poco, comenzó a recordar lo que había sucedido. Gimió al sentir su cuerpo dolorido, sobre todo la cabeza. La migraña estaba matándola y se mareó cuando consiguió sentarse en la cama. Él, vestido con una camiseta y vaqueros, entró para ponerse de rodillas delante de ella y examinar su rostro. Se perdió en sus ojos hielo mientras la examinaba preocupado.

—Estoy mejor. ¿Qué hora es?

—Has estado seis horas durmiendo. No quería irme, pero debo hacer algo ya. ¿Qué sabes de mi hermano?

—Necesito comer algo, Ezra.

—He preparado una crema de verduras. Vamos.

La tomó del codo y le ayudó a levantarse. Desde la deuda de magia estos episodios la dejaban más débil. Por eso quería, de todas las formas posibles, resarcirse con el ministerio y tal vez que le perdonasen esos créditos de magia que disminuían cada vez que los usaban y que, además, tenían graves consecuencias como castigo a su infame actuación. Sabía que él intentó ir con ella y no le tenía ningún tipo de rencor... por ese motivo. Pero cambió mientras estuvo en Londres y ya no fue lo mismo.

Sin embargo... estaba siendo tan atento..., claro que quería encontrar a su hermano y puede que la estuviera utilizando. Se dejó caer en la silla y él le puso una crema caliente delante. Empezó a comerla. Cuando encontraba un sello, algo en lo que se especializó en Londres, no se sentía tan débil. Era más bien cuando realizaba otra magia que no le correspondía, seguro que debido a la deuda de magia. Puede que tuvieran miedo de que incendiara algo, pero lo cierto es que no recordaba lo que pasó. Ezra fue a buscar ayuda porque tenía el libro pegado a las manos, después, caminó hasta el centro de la sala y cuando despertó todo estaba en llamas menos ella y el libro había desaparecido. No comprendió lo del fuego porque nunca tuvo poderes elementales. Pero igualmente la culparon de destruir libros imperdibles y únicos. Es lo que más le dolía, que por su culpa pudieran haberse perdido historias que no volverían a recuperar.

Tomó la crema mientras Ezra esperaba paciente, algo que, sin duda, no iba con él. Dejó la cuchara en el plato cuando solo llevaba la mitad.

—Están debajo de la ciudad. Mi hermana, el tuyo, sin duda se han unido a Medea. Vi una entrada, a través del Puente de Piedra, por debajo, en una de los muros. Daba a pasillos de piedra, oscuros y al final había una especie de

habitación circular. Un grupo se reunía allí y una mujer con una capa estaba en el medio. Lo... lo curioso es que cuando me acerqué, ella me miró.

Se estremeció y él le tomó la mano.

—Seguramente miraría al tipo en cuya mente entraste, no te preocupes, no existe una bruja tan poderosa.

—Eso imagino. Podemos ir esta noche y entrar por ese lugar, porque si está sellado, puede que necesite recuperarme.

—Prepararé comida y ya sabes si... o sea. Estoy a tu servicio.

Ella asintió y siguió comiendo. Luego él trajo una tortilla y ella la tomó.

—¿Has comido algo?

—Sí, antes.

—¿Cómo está tu madre además de preocupada?

—Bien, agobiada. Nay no es que esté ayudando mucho y bueno, la mañana que me llamó tuve que marcharme del trabajo y no creo que pueda volver. Es una puta mierda —dijo mirándose los nudillos.

—¿Por qué restringieron tu magia?

Él se movió incómodo.

—Porque fui un imbécil, intenté atracar un banco. Quería... yo qué sé.

—No me lo creo, Ezra. Tú no eras así.

—A veces se hacen estupideces.

Se levantó para traerle un par de piezas de fruta y él comenzó a comerse una manzana. Ya no iba a hablar más del tema, lo notaba. Miró el reloj, eran las seis de la tarde y había recibido un mensaje para presentarse en el ministerio.

Se metió dentro de su habitación para llamar y hablar con su supervisora.

—Santacruz, por fin das señales de vida —dijo sin duda enfadada.

—Estaba recuperándome. ¿Tengo alguna misión?

—Por supuesto. Si estás bien, te enviaré los datos al correo.

—¿Para esta noche?

—Desde luego, infórmame cuando acabes.

Chasqueó la lengua y abrió el correo. Una alarma en el Arco del Dean. Según las leyendas del lugar, un deán, deseoso de tener una conexión privada entre su casa y la Catedral de la Seo sin tener que pisar la calle, pidió ayuda al Diablo para acelerar la construcción. El diablo aceptó construir el arco en una sola noche, pero exigió las almas de todos los que pasaran por debajo del arco, a lo que el deán, confiado en su superioridad, aceptó sin dudarlo. Por eso, cuando los habitantes de la ciudad pasaban por debajo lo hacían deprisa y conteniendo la respiración.

Ellas lo habían examinado en las prácticas y según la profesora, no había ningún sello diabólico, pero los escalofríos estaban allí y el cambio de temperatura justo debajo era notable.

Leyó el documento mientras salía al salón y Ezra esperó paciente, hasta que preguntó.

—¿Estás pensando en ir a una misión?

—Nos pilla cerca y si no lo hago me despedirán. Hace años que mis padres no me pasan un céntimo. Tengo que pagar el alquiler.

—Con el dinero que tienen tus padres y ¿no te dan nada?

—Nada. De hecho, desde que volví apenas los he visto, solo en celebraciones comunes. Y mira, ahí si se acercan, supongo que para mantener las apariencias. Solo Lía venía a verme de vez en cuando hasta que dejó de hacerlo. Y con Sandy hablo poco. ¿Ves qué divertida es mi vida?

—Lo siento, Vega. Si no te hubiera llevado a la librería, nada de esto habría pasado.

—No, no te responsabilices de algo que no hiciste. Tampoco me acuerdo de lo que pasó y dudo de que yo iniciara el fuego porque jamás tuve dominio sobre elementos, por eso supongo que no me llevaron a la cárcel. Creo que suponen que fue un hechizo fallido, sin que nadie haya podido explicarse cómo.

—No me pareció justo que te impusieran la deuda.

—Imagino que mis padres quedaron en mala posición y debían castigar a su discolia hija de forma ejemplar. Ya da igual, Ezra. Me he acostumbrado.

—¿Te levantarán la deuda algún día?

—Estoy haciendo méritos para eso. Si no lo fastidia mi hermanita.

—O sea que por eso trabajas en el ministerio.

Se encogió de hombros. De todas formas, aunque había compaginado los estudios empresariales con la magia, no sabía si estaría dispuesta a trabajar en una empresa no mágica. No era capaz de estar encerrada en un despacho, como hacían su madre o su hermana o detrás de un púlpito, como su padre. Para eso habría que ser intachablemente perfecto, algo que ella ya no era.

—No tienes por qué acompañarme, Ezra. Iré sola y después quedamos cerca del puente.

—Ni de casualidad, Vega, iré contigo.

—No tienes magia. Si hay algo que pueda afectarte...

—Casi no tengo magia. A cambio puedo darme de hostias. No me alejes ahora, por favor.

Ella lo miró y en su rostro vio algo que no quería admitir. Asintió y ambos salieron a la calle, abrigados. Llevaba la mochila de siempre, la que le permitía hacer sus rituales y que le vendría muy bien si conseguían entrar en ese lugar escondido. Solo que, después de un cierre, iba a estar débil un rato.

Caminaron por las frías calles, subieron la calle y Ezra paró en un bar. Ella lo miró.

—¿En serio? ¿Ahora quieres tomarte algo?

—No, joder, voy a comprarte un bocadillo.

Ella asintió, avergonzada, por haber pensado mal de él. Una vez que compró el bocadillo envuelto en una bolsa de papel, se lo metió en la mochila y siguieron caminando.

—Entonces, te dedicas a cerrar sellos.

—Algo así. Una husmeadora busca constantemente con el péndulo para encontrar actividades especiales en la zona. A veces son más concretas, otras, tengo que buscarlas. Nunca suelen dar con el sitio exacto, pero sí cercano.

—Y los cierras. Eso te deja sin fuerzas...

—No exactamente. Se supone que es mi don, poder cerrar los portales o los hechizos que se hagan y no debería agotarme. En realidad, no se lo he comentado a nadie. Prefiero pasar desapercibida. Los cierro, descanso y listo.

—Pero no es normal que te ocurra eso —dijo y ella paró en seco.

—Llevas meses o años sin interesarte por mi vida y ahora te preocupas? ¿En serio, Ezra? ¿Ahora? ¿Solo porque nos hemos acostado? O por tu hermano, claro. Si es que soy idiota.

Él la tomó de los hombros y la miró serio.

—No pensaba que tenías tan mal concepto de mí. Además, fuiste tú la que cuando retomamos... dejaste de llamarme. ¿Acaso no lo recuerdas?

—No quería ir con alguien que no se toma en serio la vida. Paso de tus tonterías, Ezra.

—O sea, que sí, que me culpas por todo. Ya lo sabía.

Ella se quedó callada. Habían llegado al arco del Dean y aunque estaban a dos metros de distancia, rezumaba maldad. Miró hacia abajo y empujó a Ezra a un lado.

—Joder, lo estábamos pisando. Por eso... por eso hemos discutido.

Él la miró serio y luego al suelo, pero claro, él no veía nada. No era su don. Ella revisó con el péndulo la anchura del círculo y vio que tenía al menos dos metros y medio. Como los demás, círculos concéntricos y un nexo central donde la sangre ya estaba seca. Aun así, tomó algunas muestras de sangre para analizarlas. Pero el resonador no la reconoció. Pudiera ser una bruja o brujo espontáneo, tal vez sangre humana o que la bruja no estaba en el sistema.

Preparó su ritual y espolvoreó algo de sal con hierbas, para debilitar el hechizo, prefería no quedarse sin fuerzas, sobre todo si iban a ese lugar. Se concentró e hizo que la sal borrara las líneas, una por una hasta que llegó al nexo central. Hizo foto para el informe y sacó la daga.

Pronunció sus palabras y clavó la daga en el centro. La sangre y los polvos de la tiza con la que lo habían dibujado burbujearon y cierta corriente de energía subió de nuevo por su brazo hasta alcanzar su cuerpo. Esto no le pasaba antes y no sabía por qué. Por fin, el ritual desapareció del todo y ella cayó de rodillas. Enseguida él fue a ayudarla a levantarse y se sentaron en un rincón, donde estaban protegidos por el frío viento.

—¿Cómo estás? Ha sido impresionante.

—Rara. Como si... son tonterías. ¿Y ese bocadillo?

Él sonrió y sacó el paquete. Lo desenvolvió y empezó a comérselo. También sacó una botella de agua que bebió con sed. Lo miraba de reojo, porque sí, quería algo más, pero no podía ser, o lo dejaría sin fuerzas. En pocos minutos terminó el bocadillo y empezó a encontrarse mejor.

—¿Y antes te quedabas tan mal?

—No, la verdad. Hace unos seis u ocho meses que me pasa. Es como si absorbiera algo de magia mientras la destruyo, pero la magia es magia y no me debería hacer daño.

—Es extraño. Creo que deberías comentárselo a alguien. ¿Sabéis quién hace estos rituales y para qué?

—Todavía no. Con las muestras que les doy van analizando y buscando a la bruja que lo ha hecho y revisan las fotos... pero creo que no tienen ni idea.

—¿Y dónde se han ido encontrando este tipo de rituales? ¿Tenéis un mapa o algo?

—Pues claro. Son puntos siempre en la zona centro. Lugares donde ha ocurrido algo recientemente o a lo largo de la historia y la mayoría de las veces, nada bueno. Una de mis teorías es que están absorbiendo la energía, pero dicen que es imposible.

—No es mala teoría, Vega. Si se han ido reposando capas y capas de malas vibraciones podrían intentar captarlas. Desde luego, es mucho más poderosa que la buena energía. ¿Crees que será el grupo de Medea?

—¿La hermandad del Humo? Puede ser. Pero ¿para qué necesitan esa energía? ¿Qué quieren hacer con ella?

—Ni idea. Si los encontramos, se lo preguntaremos —dijo con una sonrisa ladeada. Ella se lo quedó mirando absorta, pero luego desvió la vista.

—Creo que me siento mejor.

Se levantó, algo temblorosa y él la ayudó, quedándose muy cerca. La tomó del rostro, acunando su cara.

—No puedo darte la energía con mi cuerpo, pero al menos puedo besarte y tal vez eso te recupere.

Sin poder evitarlo, los labios de Ezra atraparon los suyos, besándola suave al principio, deleitándose con la suavidad de su boca, introduciéndose poco a poco, mientras acercaba su cuerpo. Ella gimió y él la tomó de la cintura, acercando su cadera a su erección. Besó su mandíbula y atrapó su pecho, haciendo que se endureciera. La mano de Vega fue directa a su pantalón porque deseaba tocar su suave dureza y él se apartó, confundido y sofocado.

—Estamos... estamos en la calle. Creo que luego podemos retomar este momento.

Ella asintió. Por una parte, sus besos habían sido tiernos, sensuales y sentía que de alguna manera se encontraba mejor. Él le sonrió y la tomó de la mano mientras caminaron por la calle hacia el río.

—¿Quieres comer algo más? —pregunto él mirándola—, aparte de a mí, claro.

Ella se sonrojó y negó con la cabeza. ¿Se estaba volviendo loca? ¿A qué estaba jugando? En cuanto encontrase a Nay, él volvería a desaparecer.

—Vamos a ello de una vez —contestó y con la excusa de enviar un mensaje, le soltó la mano. La supervisora le dio el visto bueno y cerró el móvil.

Caminaron por la plaza de España para meterse por la zona del Tubo, un lugar donde había quitado varios rituales en los últimos meses. La energía de la bebida incluso de la mala entendida diversión, no la buena, era algo que se filtraba por el suelo y si la gente pasaba por encima, una parte de su alma se quedaba atrapada. Así es como se lo habían explicado en el ministerio y lo aceptó sin cuestionar. Además, solo le sucedía a los humanos, por supuesto, ellos siempre iban protegidos. Miró a Ezra y lo paró.

—Espera. ¿Llevas protección extra? Ahora no tienes...

—¿Poderes? Ya. Y sí, sigo poniéndome la protección cada noche.

—Puede que fuera mejor que no entraras.

—Ya te he dicho antes que te acompañaré, así que no te molestes en insistir sobre el tema.

Ella se encogió de hombros y siguieron caminando hasta alcanzar la plaza del Pilar y después caminaron hasta las escaleras que daban acceso a la zona de la ribera del Ebro. Había poca gente por la calle, con tanto frío y supusieron que también por haber muchas cenas navideñas de empresa. Allá abajo, al lado del río, el ambiente era todavía más oscuro y frío. La corriente era fuerte, debido a las últimas lluvias y si alguien caía allí, las posibilidades de salir eran escasas. Ella sacó el péndulo para buscar la entrada y miró a Ezra preocupada. Tenía una mala sensación. Una muy mala.

CAPÍTULO 6. LA ENTRADA A LOS TÚNELES

Ezra

Estaba inquieto, mirándola de reojo mientras caminaban hacia el puente. Había notado su debilidad y maldecía por tener escasos poderes que pudieran ayudarla en cualquier momento.

Si no hubiera estado tan furioso cuando ella lo dejó... Y no porque no tuviera motivos para ello, porque la realidad es que se había vuelto imbécil perdido. Pero él se trastornó e intentó buscar las respuestas para devolverle a ella la deuda mágica. Y por probar a acceder a la caja fuerte donde guardaban los tomos de la biblioteca que se quemó, lo marcaron sin fecha de remisión de condena.

Él dijo que había intentado atracar el banco. Se supone que no debería saber que los libros estaban allí y nadie lo sospechó. Gracias a eso no estaba encerrado en una celda de castigo. Aunque no sabía si era peor haberse quedado con un poder residual y tenerse que buscar la vida día a día o estar encerrado. No. Sin duda estar encerrado no. A su madre le daría un gran disgusto, como el que le estaba dando su hermano Nay. Esperaba encontrarlo.

Puede que sin buenas referencias de su hermano mayor, se hubiera alejado del camino correcto. Había sido buen estudiante, pero por algún motivo, dejó de serlo y acabó expulsado. Puesto que los profesores tenían los antecedentes de su hermano, supusieron que era igual que él. Sí, le había jodido la vida a su hermano y tenía que encontrarlo a toda costa. Si se había metido con los anárquicos de la hermandad, puede que le hubieran convencido de unirse.

Pensó en Lía, la hermana de Vega. Ella sí había terminado sus estudios, aunque con notas normales, tampoco era como ella. Al contrario que él, y a pesar del accidente de la biblioteca, las notas de Vega en cualquier asignatura eran perfectas. Ya cuando estudiaban juntos se esforzaba por no cometer ningún error, y en Londres, por lo que él había sabido, su trayectoria había sido impecable y por eso le habían permitido volver.

Todo lo que había ocurrido era su responsabilidad. Si no la hubiera llevado a la biblioteca, nada de eso habría ocurrido. Sacudió la cabeza para evitar esos pensamientos que no llevaban a ninguna parte. El pasado no se podía cambiar.

Llegaron al puente y bajaron las escaleras metálicas por las que se accedía a la plataforma de hormigón que recorría el río por la orilla hasta el puente.

Juncos oscuros y suciedad se amontonaban mientras la corriente se escuchaba con fuerza. Ella iba decidida hacia el puente y sacó su péndulo.

—Tenemos que encontrar la manera de entrar.

—Podríamos volver mañana, estarás cansada después del ritual.

—Quiero encontrar a nuestros hermanos.

—¿Y si lo que nos encontramos es la hermandad al completo? No creo que les haga mucha gracia que alguien del ministerio ande curioseando por aquí.

—Buscamos a nuestros hermanos, es algo personal. Por mí pueden reunirse cuando les dé la gana. Me importa poco.

—Solo que a ellos sí les importará. Pero vamos, te acompaño si estás decidida a ello.

Ella siguió moviendo el péndulo hasta llegar a la pared que supusieron que era la entrada. Pasó la mano por la superficie, buscando los rituales que la sellaban, pero después de un rato, se giró hacia Ezra.

—No encuentro nada.

—¿Y si es algo físico? Algún tipo de dispositivo, un mecanismo...

—Probemos.

Una vez descartada la magia, examinaron la pared tanteando un buen rato hasta que Ezra encontró un ladrillo algo suelto. Lo retiró con cuidado, metió la mano y encontró una palanca de la que tiró con suavidad. El muro de ladrillo se abrió y dejó ver el interior de la pared que daba a un pasillo con el techo abovedado. Una suave luz junto a una brisa cálida escapaba del lugar.

—Si no estaba cerrado por magia, tal vez fueron humanos no mágicos los que lo usaron.

—Seguramente —dijo él asomando la cabeza. No parecía haber nadie vigilando la entrada y eso podría significar dos cosas: o no les importaba o esperaban que entrasen.

—No sé, tal vez deberíamos buscar apoyo.

—¿Sí? ¿De quién, Vega? Porque yo no tengo amigos. ¿Quieres llamar al ministerio?

—No.

Ella se metió dentro antes de que pudiera impedirlo y la siguió. La temperatura subió unos grados, el aire de fuera no entraba para helarlos, aunque sí había humedad proveniente del cercano río.

Caminaron lo más silenciosamente que pudieron hasta llegar a una estancia algo más grande que se dividía en varios pasillos. En ese lugar había una mesa y sillas, alacenas y armarios e incluso una nevera enchufada a un generador portátil.

—Sin duda, es el sitio —dijo ella mirando los pasillos. Sacó su péndulo y lo movió murmurando el nombre de ambos hermanos perdidos. Por lo visto, ni siquiera el péndulo se decidía entre dos de ellos.

—Empecemos por uno —dijo Ezra. Podrían haberse dividido e ir cada uno por su lado, pero jamás dejaría de protegerla.

Ella asintió y lo tomó de la mano. El túnel estaba suavemente iluminado por luces LED cada metro o metro y medio y pudieron seguir caminando un buen trecho. Al poco, se toparon con una reja cerrada que daba a algo que parecía una cripta.

—Lástima de tus llaves —suspiró ella recordando cómo él podía moldear el metal a su antojo para crear una llave adecuada. Él buscó en su mochila. Siempre llevaba consigo alguna de esas llaves maestras que hizo en el tiempo en el que podía modelarlas. La apartó con suavidad y probó con varias, hasta que consiguió abrir la reja. Vega sonrió y él sintió un calorcillo en el pecho muy agradable. Era bueno volver a ser su... ¿amigo? O, aunque fuera acercarse un poco a ella.

Entraron a la cripta. Todo estaba en silencio, no parecía haber nadie por ahí.

—Diría que estamos debajo de la basílica del Pilar —comentó mirando alrededor—. Esas escaleras me suenan.

—Entonces es el otro camino. Si la hermandad del Humo está por ahí debajo, no creo que venga a una iglesia.

—No, cierto. Es extraño. Retrocedamos.

—¿Dónde vais? —preguntó una voz desde la penumbra. Era ronca y en tono bajo, por lo que no supieron quién podría ser.

—Nos hemos equivocado, nos vamos ya.

—Yo creo que no —dijo la voz en un tono más alto. De las sombras salió una mujer encapuchada. Vega se quedó sorprendida, pero cuando ella se bajó la capucha, vio el cabello color fuego. Medea.

—Hemos venido a buscar a nuestros hermanos, nos da igual lo que hagáis aquí —dijo Vega.

—No deberíais haber venido, Ezra, Vega. Vuestros hermanos están bien y no desean marcharse. Han llegado a un lugar donde se les aprecia de verdad.

—¿Qué sacas tú de esto? —pregunto Ezra enfadado—. Si piensas que vas a reducir el sistema a cenizas estás equivocada. Son muchos más que vosotros seguro, y más poderosos. No tenéis nada qué hacer. A mí me da igual quién gobierne, porque estoy fuera, pero mi hermano debe volver a casa.

—No —dijo una voz detrás de él. Ezra se volvió y vio a su hermano acompañado de Lía—. ¿Es que no has visto lo que el ministerio te ha hecho a ti? ¡Te robó tus dones! Y solo te pertenecían a ti. ¿Y a la hermana de Lía? Le castigaron con una deuda mágica que la hace sufrir, además de impedirlos estar juntos. ¿Qué les debes, Ezra? Porque no lo entiendo.

Ezra se quedó en silencio. No es que su hermano no tuviera razón, pero tampoco confiaba en que Medea fuera más justa que ellos.

—Puedo borrar tu deuda y tu restricción —dijo la bruja señalándolos—, como dice sabiamente Nay, ninguno de los dos merece ser castigado por un desgraciado accidente.

—En realidad no puedes —dijo Vega—. Las restricciones o las deudas son cosa de los Sensoriales.

—También un Rupturista puede. Alguien como tú, Vega. Aunque ni siquiera lo sepas.

—Yo no soy eso. Y si lo crees, demuéstremelo. Morirás cuando intentes quitarlo.

—¿Y si te demuestro que yo puedo al igual que tú podrías? Te quitaré la deuda a ti primero y después tú misma le quitarás la restricción a Ezra. Y entonces demostrarás que el ministerio, quizá tus padres, sabían que no eras una maga de ligaduras, sino otro tipo de bruja y por eso te han estado reteniendo y castigando. Lía es rupturista también, os viene de familia.

—No te creo —dijo ella y su hermana se acercó y le dio un abrazo.

—Por favor, Vega, no perderás nada si lo intentas. Y recuperarás tu magia. No tienen por qué saberlo.

—Es que no lo entiendo. Yo...

—Déjame probar y después te explicaré todo lo que tú no sabes acerca de tu familia y por qué te ocurrió aquello en el pasado.

Vega miró a Ezra y ambos aceptaron, aunque quedaron vigilantes. Volvieron al túnel y se metieron por otra arcada hasta llegar a una habitación con una alfombra redonda y varios cojines. Medea les pidió que se descalzaran y se puso frente a ella. Ezra estaba a su lado, sin perderla de vista.

Medea cerró los ojos y tomó sus manos con afecto, con ternura casi, y vio que Vega se sorprendía y, aun así, aceptaba. Después, las dejó caer y comenzó a murmurar unas palabras.

La bruja pelirroja puso su mano en su propio pecho y después en el de Vega y solo dijo una palabra más.

—Libérate.

Una gran energía salió de Medea y atravesó el corazón de Vega, que cayó hacia atrás. Ezra la tomó en brazos y de repente, todo se precipitó. Un enorme ruido en el exterior hizo que temblase el suelo y comenzara a caer arenilla del techo.

—Rápido, huid, salid por la cripta —dijo Medea y Nay tomó a Lía de la mano. Ezra cogió en brazos a Vega y corrió descalzo detrás de sus hermanos. Se escuchó otra explosión y sintieron la energía correr por los pasadizos. Subieron por la cripta hasta entrar en la basílica. Un sacerdote que los vio empezó a llamar al de seguridad, aunque al final pudieron alcanzar la salida y correr hacia la zona de la calle Cesar Augusto, hacia el piso de Vega.

Ella estaba conmovida todavía así que Lía abrió la mochila, sacó las llaves y en menos de quince minutos ya habían entrado en su casa. La dejó sobre el sofá y le tomó el pulso.

—Vega, joder, despierta. ¿Qué le ha hecho Medea? —casi gritó, mirando acusador a su hermano y a Lía.

—Despertarla, como me hizo a mí —contestó ella—, estará un buen rato noqueada, porque son muchas las capas de rituales que nos han puesto encima, joder. Medea me las quitó todas.

—Es cierto, Ezra —dijo Nay. Se sentó en el sofá, abatido—, no debimos dejar sola a Medea.

—Ella es fuerte, la más fuerte. Ezra, ella es nuestra tía. Por eso sabía lo que éramos.

—¿Vuestra tía?

—Así es. Lleva siendo perseguida durante años, desde que se descubrió qué era. Nos contó que cuando ocurrió el incidente de Vega, intentó buscarla, llevársela porque sabía qué ocurriría a partir de entonces, pero le fue imposible.

—¿No te das cuenta, Ezra? Ella y la hermandad del Humo no son los malos, joder.

—Te escapaste, Nay, mamá estaba muy preocupada.

—Me iban a restringir como a ti. Y no quería eso.

—¿Por qué? Tú no pareces ser resonante.

—No lo soy. Pero soy capaz de... creo que como tú con Vega. De recargarlas, de alguna forma. A través del sexo e incluso con besarlas. Lo... lo hemos comprobado. Tú lo hiciste por primera vez con ella porque te eligió de forma inconsciente, por intuición.

—Yo me he acostado con otras brujas y...

—Y no creo que ninguna fuera como con Vega, ¿me equivoco?

Ezra miró a la mujer que parecía estar soñando. Su hermano no se equivocaba. La conexión estaba allí.

—¿Y cómo he podido recargarla a pesar de estar restringido?

—Por ser tú, Ezra, por nuestro linaje. Pero cuando estés completo será todavía mejor. Asesinaron a la pareja de Medea, nuestro primo segundo por ese motivo. No quieren que sean poderosas, porque saben que podrían acabar con el ministerio.

—¿Y su hermana mayor?

—Sandy no es hija de nuestro padre. Es de un esposo anterior, por eso posiblemente, no sea rupturista.

—Joder, no sé si creérmelo —dijo Ezra sentándose al lado de la mujer y tomándole de la mano.

—Espera que despierte y que te quite las restricciones. Entonces no tendremos que convencerte de nada. Por cierto, estoy hambriento.

Se marchó con Lía a la cocina y él miró a la mujer, ¿cómo era posible? Le tocó la frente, no tenía fiebre y aunque sus ojos cerrados se movían, su pulso era normal. No le soltaría de la mano, si podía hacer lo que fuera porque mejorase, lo haría sin duda.

CAPÍTULO 7. SOÑANDO

Vega

El calor que sintió cuando puso la mano en su pecho la atravesó y le hizo arder por dentro, pero no de una forma desagradable. Era algo aterciopelado y suave, y de repente se encontró en una habitación llena de hierbas colgando, frascos y una gran mesa con un libro abierto: la habitación de una bruja. Una chimenea ardía con un fuego alegre y encima había un caldero de peltre que humeaba un líquido tirando a verdoso. Miró alrededor y enseguida buscó algo que le hiciera adivinar de quién era la casa. ¿Tal vez de Medea?

La puerta se abrió y entró una mujer cubierta con una capa. Hacía frío fuera porque se colaron varios copos de nieve. La mujer sacudió sus zuecos de madera y dejó una cesta sobre la mesa. No la miró. Tal vez había viajado de forma astral. Pero una vez que la mujer se quitó la capa y la colgó, comprobó que iba vestida de forma antigua, puede que del siglo XVII. Ella se giró y le miró a la cara.

—¿No se saluda en tu tiempo cuando llegas a un hogar distinto?

—¿Me ves?

—No estoy ciega, por la diosa. ¿Cuál es tu nombre?

—Vega. Vega Santacruz.

—Ah, claro, la hermana de Lía. Medea dijo que intentaría traerte, aunque no esperaba que fuera tan pronto. Me hablaron de tu rectitud y cabezonería.

Lo dijo con una sonrisa cómplice. No tendría mucha más edad que ella y quería sonarle de algo, pero no acababa de acordarse.

—Siéntate. Las mujeres de nuestra familia han sido perseguidas desde hace cientos de años por miedo, sobre todo. Muchas de las nuestras murieron en la hoguera o ahogadas en los ríos. Por suerte, mis dos hermanas huyeron lejos y supongo que vosotras descendéis de alguna de ellas. No me dio tiempo a revisar la genealogía.

—¿Qué hago aquí?

—Oh, por supuesto, consagrarte para que nadie pueda volver a restringir tu magia. Solo alguien de la familia con suficiente poder puede hacerlo. Medea sería capaz de hacerlo, pero siente un gran respeto por mí y prefiere que sea yo quien lo haga.

—¿Y tú eres...?

—¿No me recuerdas? Nos vimos cuando eras una joven. Intenté comunicarme contigo, pero creo que entraste en pánico y cuando una rupturista lo hace, puede salir cualquier cosa, como el fuego.

—Entonces, fui yo quien provocó el incendio...

—Debería haberme presentado en sueños y tal vez no te hubieras asustado tanto, pero tenías tanta energía y esa posibilidad de comunicarme contigo que me sentí entusiasmada. Así que fue mi responsabilidad. Y ahora con mi bendición serás imparables, como Medea y tu hermana Lía, aunque sinceramente, ninguna tiene la energía que tú posees en tu cuerpo. Imagino que eso asustó a tu familia.

—Supongo... pero yo no soy malvada...

—Eso me ofende, joven. ¿Acaso me ves con cuernos en la cabeza o rabo de demonio? Y que conste que sí existe eso. No, hija mía. Solo somos unas incomprendidas, deberás ocultarlo de momento. ¿Tienes un buen hombre que te fornicue adecuadamente? Solo hay un par de familias que son capaces de recuperarnos de verdad. Las rupturistas somos así.

En ese momento Vega estaba de todos los colores. La mujer sonrió.

—Veo que sí. Y que además parece satisfactorio. Verás, no debes abusar o acabarás con él. Como mucho, debes fornicar una vez cada dos días o él fallecerá.

Retiró su mirada y empezó a picar algunas hierbas para echar en el caldero que ya burbujeaba.

—¿Alguien murió contigo...?

—Me llamo Alaia. Y sí, murió alguien muy amado por mí porque desconocía esta regla. En fin, vayamos a consagrarte o pensarán que has muerto.

Removió el caldero y escanció el contenido en dos vasos. Ya no tenía aspecto verdoso sino casi negro y bastante espeso. Vega retrocedió un paso.

—Desconfiada... Medea hizo lo mismo. ¿No te ha explicado nada? Esa muchacha... Tienes que beber este hechizo para limpiarte de todas las capas de rituales que te han puesto a lo largo de tu vida y después te daré mi bendición, así de simple. Y yo beberé primero, por si no te fías de mí —dijo con una sonrisa irónica.

Dio un trago y se relamió.

—Sabe a regaliz, por supuesto. Vamos, no tienes mucho tiempo para estar en este plano o cambiarás el tiempo.

Vega tomó el vaso y lo bebió. Sí, sabía a regaliz, pero amargo. Empezó a sentirse fatal y a tener arcadas. Alaia le dio un orinal y vomitó un buen rato. Incluso le pareció ver algún tipo de elemento sólido.

—Sigue, niña, sigue. Échalo todo.

Cuando acabó, se sentó en el suelo mareada y ella le llevó una infusión.

—Es tomillo, buena para limpiar. Sí que llevabas conjuros dentro. Sospecho que quizá fue tu propia madre la que los puso. Medea me habló de

ella. No tenía ni la mitad de magia que tu tía, y creo que la odiaba por eso. ¿Te encuentras mejor?

—Creo... creo que sí.

—A ver, hagamos una prueba pequeña, porque de momento la magia que como sabes está viva, estará un poco revuelta, y quizá pases unos días, puede que alguna semana para controlarla.

—¿Qué magia tengo?

—En realidad, poco sabemos porque en nuestro caso, suelen depender de la personalidad de cada bruja. Tu hermana, por ejemplo, tiene magia acuática y también Anclaje Urbano, es capaz de sentir el alma de las ciudades, algo bastante agradable. Por lo visto, con esa magia se puede visualizar lo que sea en cualquier punto de la urbe. Medea es fuego puro y también niebla. Me contó que una vez en Londres, cuando tú estabas allí y quería... contactar contigo, la descubrieron y para escapar provocó tal niebla que paralizó la ciudad. En tu caso y como tuviste ese accidente, intuyo que fuego, no sé si algo más. Deberás descubrirlo.

—Por la diosa, no sé cómo hacerlo.

—Solo piensa en el fuego y apunta con el dedo hacia la chimenea. No necesitas conjuros específicos porque es parte de tu ser. ¿No has tenido otras experiencias?

—Creo que sí, pude... pude leer la mente de una persona. Entrar en sus recuerdos. De un chico que estaba en el aquelarre.

—Y él te trajo hasta Medea. Deberás advertirle que si tú que eres recién llegada a esto has podido, seguramente cualquier mago o bruja sensorial lo hará con facilidad. En fin, prueba, Vega.

Ella asintió y se colocó cara a la chimenea. Señaló el fuego y no pasó nada. Volvió a mover el dedo, y solo consiguió que la llama de la chimenea se agitara.

—Qué raro. No suelo equivocarme. No importa, conocerás tus dones poco a poco. Solo que debes esconderlos de tu familia. Y ten cuidado porque a veces son impredecibles, sobre todo en mujeres que han sido despertadas a una edad.

—Alaia, tengo veinticuatro años —protestó Vega. La mujer se echó a reír.

—Lo dicho, una edad. Yo cumplí los dieciocho hace dos días y ya soy demasiado mayor para desposarme. Vuelve otro día y seguiremos charlando. Tal vez te enseñe algún truco que Medea no sepa.

—¿Y cómo vuelvo? —preguntó mientras notaba que la casa se desvanecía. Su ancestro sonrió.

—Solo tienes que llamarme...

Abrió los ojos sorprendida y enseguida vio el hielo de los ojos de Ezra, que suspiró aliviado.

—Por fin, ¿estás bien? Nos has asustado.

—Estoy... ¿en casa?

—Atacaron el refugio —dijo Lía acercándose con una infusión—. ¿Qué tal está Alaia?

—Por la diosa, es todo cierto.

—Por supuesto. Y ellos son nuestra... recarga —dijo con una sonrisa. Nay le dio un beso en la nuca.

Vega se sonrojó mirando a Ezra. Esto era... era demasiado. Sorbió la infusión que le dio su hermana. Era cierto, se sentía distinta, más ligera.

—¿Y Medea?

—Mi hermano te sacó en brazos y ella nos pidió que nos fuéramos. Se ha enfrentado a los que fuera que vinieran. Quizá os siguieron.

—No. Tal vez leerían la mente a uno de vuestros compañeros como lo... hice yo.

—Anda, qué chulo, yo no leo mentes —dijo Lía—. ¿Qué más puedes hacer?

—Ni idea. Ella piensa que algo de fuego, como cuando... pasó eso.

—Descansa, Vega. En cuanto estés bien nos acercaremos a ver qué ha sucedido. Si han sido los del ministerio, estará vigilado.

—Tal vez deberías recargarla, hermano. Ya sabes —dijo Nay sonriendo.

Ezra miró a Vega y ella negó. Hablar de eso tan a la ligera era algo que le sonrojaba.

—Cuando ella me necesite, estaré a su servicio —dijo con una sonrisa ligera.

—No se puede más de una vez cada dos días —advirtió Nay—, o te sentirás francamente mal. Mal a morir, me refiero. Somos como pilas humanas, pero estoy encantado de serlo —dijo y Lía acarició su rostro ya con barba incipiente.

—Esto es... chocante. Soy una rupturista, de las que podrían utilizar cualquier magia, Ezra. No sé siquiera de lo que soy capaz.

—Era de imaginar. No te preocupes, lo iremos viendo. Lo malo es que Medea no pudo quitarme la restricción. No podré ayudarte igual.

—Ella puede hacerlo. Solo tienes que desearlo, hermana —dijo Lía.

—¿Y si le hago daño? No controlo nada de esto...

—No me lo harás, estoy seguro. Y me gustaría, me siento bastante indefenso sin ellos. Puesto que no podemos salir de aquí... podríamos probar si te sientes con fuerza.

—Te traeré algo de comer y protegeremos el piso. Inténtalo, hermana.

Asintió. Lía le trajo un batido de proteínas y lo tomó. Luego, sintió que su hermana y Nay protegían de escapes de magia toda la casa y se sentaron en el sofá.

—¿Y cómo?

—Pones la mano en tu corazón y en el de Ezra. Ya sabes que la magia es intuición, intención y foco.

—También es control, algo de lo que carezco.

Ezra tomó sus manos y la miró a los ojos.

—Yo confío en ti. Sé que no me dañarás.

—Espero...

Se colocaron uno frente al otro y ella hizo dos respiraciones profundas para calmarse. Luego, colocó la mano sobre su corazón y sintió el palpito de la magia. Cerró los ojos y extendió la mano para tocar el pecho de Ezra. Sintió su corazón, que latía deprisa y también esa coraza que le habían colocado. Se enfadó. Había sido tan injusto. Abrió la mano y quiso agarrar la coraza, estirarla y destruirla. Poco a poco se fue agrietando. Ezra gruñó de dolor, pero murmuró palabras de ánimo.

La energía de su corazón salía proyectada por su brazo y la extendía por el pecho, abarcando todos los tentáculos que la magia restrictiva creó en su día. Poco a poco sintió cómo se deshacían y Ezra cayó de rodillas, interrumpiendo la conexión. Ella abrió los ojos y lo sujetó. Él la observó maravillado.

—Estoy... estoy bien. Joder. Lo has hecho.

Lía la miraba con lágrimas en los ojos y Nay estaba con la boca abierta. Ayudó a levantarse a Ezra y este la abrazó, enterrando su rostro en el cuello.

—Gracias, gracias —susurró.

—Con el trabajo hecho, deberíamos dormir. Nos pasamos a tu cuarto de invitados, imagino que tu cargador dormirá contigo. Mañana iremos a la cripta. Hoy hay que descansar.

Lía tomó a Nay de la mano y se lo llevó a la habitación. Vega se separó de Ezra y lo miró a los ojos.

—¿De verdad se ha ido?

Él sonrió y tomó un lápiz de la mesa e hizo un corazón sin romperlo.

—Deberíamos celebrarlo, tal vez necesites recargar fuerzas.

—No, hay que respetar el tiempo. Pero puedes dormir conmigo. Espero que Medea esté bien.

—Seguro que sí. Si le hubiera pasado algo grave, lo notarías porque posiblemente estés conectada. Debes descansar.

—Y ducharme.

—¿Quieres que te... ayude?

—Yo... creo que no porque entonces tú... y debes cuidarte.

—Una lástima. Te esperaré fuera entonces, por si te mareas.

Vega salió de la ducha y se puso el pijama mientras él también se duchaba. Había cambiado mucho su vida, los conceptos que siempre había tenido sobre la magia y el ministerio, sobre sus padres y ahora no sabía qué pensar. Sin embargo, creía a Medea y también a Alaia, pero sobre todo creía que Ezra lo recargaba de una manera que era imposible si lo que le había contado no era cierto.

Salió envuelto en una toalla y se encogió de hombros.

—No tengo ropa limpia así que dormiré con la toalla. No te asustes si... y mañana ya podríamos recargar, si quieres.

—Estoy en shock. Mejor sería que durmiéramos.

Él se sacudió el cabello y no pudo evitar mirar su hermoso torso, con algún tatuaje y de ahí pasó a su rostro, con una sonrisa burlona.

—Si me miras así no esperaré a mañana.

—Eres...

Se volvió hacia la pared y él se acostó junto a ella, boca arriba, con los brazos bajo la cabeza. Ella se giró hacia él que la miró atento.

—Puede que hoy sea el mejor día de mi vida. O uno de los mejores, porque no se puede comparar a cuando hicimos el amor por primera vez.

—Éramos unos críos —dijo ella volviéndose hacia él. La miró a los ojos.

—Sí, pero yo me enamoré de ti, Vega. Es la pura verdad. Nunca hubo otra como tú.

—Si tú... cuando salimos... cuando volví.

—Era un imbécil. Todavía tenía ese estúpido ideal de clases sociales y que tú y yo nunca podríamos estar juntos, así que preferí cagarla contigo. Lo siento. Lo siento por todo.

—No importa —dijo ella apoyándose en su pecho. Él pasó su brazo por la espalda y la acarició—. Hemos llegado aquí porque ha sucedido todo eso y quizá en ese momento no estábamos preparados.

—¿Eso quiere decir que no me vas a dejar?

—¿Quién dejaría a una pila humana? —bromeó ella, pero pasó el dedo por la clavícula, haciendo círculos por el pecho. Él jadeó.

—Esperaré hasta las doce en punto y entonces te haré el amor.

—Debes descansar. Quizá mañana por la mañana. Duerme, Ezra.

—Me encantaría que estuviéramos abrazados, prometo no tocar nada —dijo él con una sonrisa.

Ella asintió y se acurrucó, todavía sorprendida. Ese día habían pasado muchas cosas y él le había dicho que se había enamorado. En el pasado. Tal vez seguía sintiendo algo por ella, porque si no, ¿por qué había aceptado ser su cargador? Todo esto era demasiado confuso y necesitaba procesarlo o jamás lo entendería.

Suspiró cuando él le acarició la cabeza, dándole suaves masajes en el cuero cabelludo y por fin, se quedó dormida.

CAPÍTULO 8. CONEXIÓN

Ezra

Nay se asomó a la puerta y lo llamó en voz baja. Se giró y vio que Vega estaba durmiendo, así que salió de la cama y se vistió. Su hermano lo esperaba en el salón con un café. Estaba pálido, pero con una gran sonrisa.

—Lía necesito cargar. ¿Tú?

—Quizá hoy. Podrías habérmelo contado todo, hombre. Mamá está muy preocupada.

—Lo sé. Pero creo que Kira nos espía. No podía hacerle ver lo que sucedía, porque podría leer su mente.

—¿Kira? No puedo creerlo. Si tiene setenta años y lleva siendo vecina desde... no sé. ¿Y no es nuestra prima?

—No es cierto. Es una sensorial, nos hizo creer que llevamos siendo vecinos desde hace muchos años y se metió en nuestra casa. Ahora que ya no estás restringido podrás pedirle a Vega que proteja tu mente. Yo quería acercarme, pero están pasando cosas.

—¿Esos sellos? ¿Los hizo Lía?

—Sí. El ministerio está cortando las fuentes de magia de la ciudad, incluso las que dicen que son oscuras. Ella quiso abrirlas, pero imagino que Vega habrá cerrado los rituales. Su hermana dice que es realmente habilidosa para encontrarlos. Ahora sabemos por qué.

—¿Qué quieren hacer cerrando la magia a los brujos?

—Debilitarlos. Por lo visto, debajo del río confluyen varias líneas telúricas que llegan hasta la plaza, donde está el nexo principal de las cinco. Las ruinas romanas contienen las memorias rituales paganas que dan fuerza al nexo, y el río transporta la energía que puede usarse como catalizador. Todo eso hace que las brujas de la ciudad tengan unos dones muy particulares.

—No lo parece.

—Exacto, porque siempre han desviado la energía hacia otros lugares. Medea quiere activarla, para crear un epicentro mágico libre del control del MPA. Sellaron el nexo principal en el siglo XV, imagínate.

—¿Y no sería muy violento?, quiero decir, soltar toda esa energía.

—La recibiríamos muchos magos y brujos, brujas, todo ser mágico a diez kilómetros a la redonda. ¿Por qué crees que no hay seres feéricos por la zona? Se mueren de hambre sin magia.

—En realidad, jamás vi ninguno. ¿Estás seguro? ¿No te habrá comido la cabeza Medea?

—No. Salimos de la ciudad, nos alejamos unos veinte kilómetros y conocí a una *fae*. Ni te imaginas lo bella que era al principio. Aunque una vez que Lía le quitó su *glamour*, vi sus dientes puntiagudos con sus orejas alargadas. Entonces no era tan preciosa de aspecto, pero sí buena gente. Ellos desean volver a la ciudad, vivir entre los humanos, hacer el bien, o eso dicen.

—Igual pienso que podrías habérmelo contado en algún momento.

—¿Me hubieras creído?

—Sí, eres mi hermano, joder.

Su hermano le tomó de los hombros, abrazándolo.

—Lo siento, Ezra. Ahora estamos en el mismo bando. Deberás decirle a mamá que sigues buscándome, pero que has escuchado que estoy bien. Tampoco quiero agobiarla.

—Entonces, ¿cuál es el siguiente paso?

—Esperaremos a Medea y lo siguiente será liberar la energía. Seguro que Vega será capaz. Ya no necesita estar con el Ministerio.

—Si intuyen que su deuda mágica se ha cancelado vendrán a por ella.

—No, Medea habrá puesto algún tipo de protección cuando la liberó, por eso sé que Vega debería protegerte a ti también antes de salir de la casa.

—¿Qué debería proteger? —preguntó ella bostezando y en pijama. Ezra la miró con ganas, con necesidad y ella, nerviosa, fue hacia la cafetera. Lía salió también ya vestida y se sentó en una silla de la cocina.

—Se levantan cansadas, son más nocturnas que diurnas —dijo su hermano pequeño. Estaba totalmente... ¿enamorado de Lía?

Las dos hermanas tenían un café delante y bostezaban, con el cabello revuelto, pero nunca le pareció más preciosa. Nay sacó una bolsa de churros de un armario.

—He bajado antes a comprarlos. Le decía a mi hermano que debes protegerlo para que nadie sepa que tiene poderes o pueda leerle la mente.

—¿Y cómo hago eso? —preguntó ella.

—¿Viste la coraza que le rodeaba el corazón? ¿La sentiste? —preguntó su hermana.

—Sí, era como una telaraña oscura.

—Eso es. Pues tú debes crear una dorada o plateada, según quieras, para que lo proteja. Ellos nos dan su energía, pero tú debes cuidarlos.

—Estoy de acuerdo en protegerlos, pero no me siento bien, no quiero atarlo...

—No me vas a atar. Deseo estar contigo, si tú quieres. Siempre lo he deseado.

—Somos parejas álmicas —dijo Lía—, no le obligas a nada, Vega. No hay más que ver cómo te ha mirado desde siempre.

Vega lo miró y él sonrió.

—Me puedes esclavizar si quieres, Vega, yo me presto a que me ates si es necesario.

—Oh, por la diosa —bufó ella moviendo la cabeza—. Vamos, Lía, dime cómo hacerlo.

—Es el proceso contrario al que has hecho antes. Como si estuvieras tejiendo una red de color dorado que protege su corazón, su mente y su cuerpo. Se sentirá mucho mejor después de eso y por supuesto, sus poderes quedarán intactos. Sobre todo, ningún sensorial podrá manipularle y eso es importante.

—Puede que luego tengáis que marcharos a la habitación —rio Nay—, así que nos iremos a comprar comida y a pensar en el siguiente paso. Cuando te conectas con tu alma gemela, no hay palabras.

—Me estoy poniendo nerviosa —protestó Vega. Él le pasó los churros para que se alimentara. Se sentía muy responsable de su cuidado, pero no como si fuera su sirviente, sino su compañero.

Ella acabó con toda la bolsa con dos cafés y los dos hermanos pequeños se fueron de la casa entre risas. Una vez desayunó, se colocaron delante de la mesa y Vega puso la mano sobre su pecho. Respiró hondo. Sintió como la energía pasaba de ella y como si todo su cuerpo recobrase la vida, como si lo regase con oro líquido. Sentía su fuerza, su poder recorriéndolo de la punta de los dedos hasta la cabeza. Y también se endureció como nunca.

Cuando ella acabó, lo miró con ansía y él la tomó en brazos y la llevó a la cama. Se arrancaron la ropa con rapidez, y él entró sin esperar a nada. Fue como una conexión espiritual, como si flotaran. Ezra se movió contra ella con fuerza, ella lo atrapó con sus piernas para no dejarlo marchar. Un brillo dorado recubría la piel de Vega y quiso besarla por todas partes, lamer cada centímetro, pero no podía dejar de moverse dentro de ella, pensando que, si moría en ese momento, sería feliz.

Ella gimió y él sintió su éxtasis. Entonces se dejó ir, dándose todo, agitado, jadeante, acabó su orgasmo sin fuerza incluso para sostenerse sobre ella y se dejó caer a un lado para no aplastarla.

—¿Estás bien? —preguntó ella alarmada. Él sonrió débilmente.

—Ha sido... ha sido...

No podía ni hablar. Cerró los ojos. Se sentía tan débil que solo una leve respiración lo mantenía vivo. Entonces sintió que volvía a recobrar la magia. Los abrió. Vega había puesto la mano sobre su pecho y notaba que un líquido de fuego lo recorría.

—¿Qué... qué haces?

—No quiero que mueras a polvos, Ezra. No me parece bien. Por la diosa, casi no podías respirar.

Ella lo observó mientras sus pulsaciones y la respiración volvían a la normalidad.

—Yo estoy aquí para...

—No digas para servirme, no eres mi esclavo ni mi cargador. No quiero que te pase nada, ni que te entregues tanto que puedas desfallecer.

Él abrió los brazos para que ella se recostase y eso hizo. Su suave sudor emitía un aroma a almendras y lavanda. Olió su cabello extasiado.

—Te digo una cosa, Vega. Si cada vez que nos acostemos va a ser así, será muy duro no hacerlo todos los días.

Ella se levantó y lo miró a la cara, enfadada, pero al verlo sonreír, movió la cabeza.

—No permitiré que te pase nada.

Ezra acarició la suave piel de la espalda y ella se estremeció.

—Eso es porque te gusto un poco, ¿no es así?

—Pues claro, tonto. Y ahora descansa.

Cerró los ojos, aceptando que ella era su mundo ahora y que no se separaría por nada del mundo. La conexión se había producido, tal y como su hermano le había explicado. Ojalá ella sintiera lo mismo que él.

CAPÍTULO 9. UNA PRESENCIA INESPERADA

Vega

Sentir de nuevo la magia hizo que se estremeciera de placer, aunque no tanto como cuando hizo el amor con Ezra, a pesar de que casi se muere. Se asustó de verdad. Su rostro empalidecido y las respiraciones superficiales eran demasiado peligrosas. No supo cómo devolverle algo de su magia, solo puso la mano sobre él. Pero no debía ser así. ¿Qué era ella? ¿Un vampiro de energía? ¿Acaso llegaría un día que acabase muerto tras hacer el amor? No, de eso nada.

Él dormía profundamente, agotado, pero con una sonrisa en la boca. Su piel todavía no parecía tan sonrosada como de normal y cuando se apartó para ir a la ducha, ni se dio cuenta. Después de ducharse y vestirse, salió a su saloncito. Lía y Nay todavía no habían vuelto, así que se tomó un café y decidió ir a comprar algo de comida. Si se iban a quedar allí, necesitaba llenar la despensa. Dejó una nota en la nevera para Ezra y cogió la mochila.

Era cierto, se sentía diferente y mucho. El poder rezumaba por debajo de la piel produciéndole un agradable cosquilleo. Y no, no era como cuando era joven, antes de que la castigaran, era otra cosa. Esperaba que Medea hubiera escapado, porque necesitaba que le explicase cómo poder controlarlo bien.

Se metió en un supermercado cercano porque no tenía tiempo de ir a comprar a los puestos del Mercado Central, donde solía acudir, y además necesitaba productos de higiene o bebidas. Como la empleada del super la conocía, dejó todo pagado para que se lo subieran a casa en una hora.

Luego, se acercó a la ribera del río para ver si veía algo, si había jaleo. Un cordón policial rodeaba la zona. Se acercó a uno de los policías y le preguntó.

—¿Qué ha pasado? ¿Un accidente?

—No puedo decirle, señorita, no lo sabemos.

Ella tocó el brazo del policía como si fuera un gesto accidental, pero leyó su mente al instante. Casi se mareó. El agente pareció tambalearse, así que le quitó la mano y miró alrededor. Había bastante gente mirando porque, aunque hacía mucho frío, las Navidades y las vacaciones de los niños y de los adultos conseguían que todo el mundo estuviera en la calle.

Se quedó pensativa. La versión de la policía era que algún gamberro había tirado un cohete, aunque otros pensaban que había sido un atentado terrorista contra la iglesia. Ninguna versión era acertada y desde luego, el agente al que había tocado no sabía nada.

Todavía rezumaba la magia en el puente. Se acercó a la barandilla para asomarse, pero habían puesto una lona y no veía nada. Además de los policías

nacionales, también vio varios soldados. Rezaba porque no le hubiera pasado nada a Medea. Según le contaron, Ezra la sacó en brazos inconsciente después de que la liberase. Había estado muy confundida, con esa ansia de volver a ser ella misma, doblegándose ante el ministerio cuando en realidad, jamás le habrían devuelto todos sus dones. Se enfureció y un cosquilleo le recorrió el cuerpo, sentía que iba a explotar, que algo iba a salir de ella, así que se alejó corriendo por el paseo que daba al río. No quería que nadie saliera herido. Acabó sentada en uno de los bancos, respirando trabajosamente. Al menos, había calmado esa necesidad de sacar algo de sí misma, de atacar, o de romper algo. Debía aprender a controlar lo que fuera que supiera hacer.

El móvil le sonó en la mochila y le dio un buen susto. Su supervisora.

—Hola, Vega. Recibimos tu informe, bien hecho. Quiero que investigues un incidente bajo la cripta de la basílica, te mandaré las credenciales para que puedas bajar, aunque el concejal Frey ha venido de Londres por el número de incidentes que están sucediendo. Habla con él.

—¿Qué ha sucedido exactamente? ¿Tiene que ver con la hermandad?

—Creemos que sí. Encontramos ropa, enseres, comida. Tal vez era un refugio. Tu labor es buscar rituales y cerrar cualquier cosa.

—¿Y había alguien?

—No es asunto tuyo. Ve ahora.

—Llego en diez minutos, justo salía de casa.

—Bien. Pregunta por Frey, él te dará los detalles y luego me haces un informe bien detallado. Husmea por todos los rincones, no importa que te lleve días.

—De acuerdo, supervisora.

Colgó, cabreada. ¿Quién era ese Frey? Envío un mensaje a Lía por si Ezra todavía estaba durmiendo y le explicó todo. Ella la llamó inmediatamente.

—No deberías entrar, Vega. Es peligroso y, de todas formas, nunca abrimos rituales allí. Puede que quieran atraparte.

—No saben que estoy despierta y si puedo sonsacar sobre Medea, mejor.

—Ezra no lo sabe.

—Sigue durmiendo, estaba... agotado.

—Ya veo. Pero se va a cabrear. Te llamaré en una hora, si no contestas, iremos a buscarte.

—Vale. Tranquila, puedo defenderme. Ahora sí.

—Sobre todo porque no sabes cómo —suspiró su hermana.

—Tranquila. Nos vemos enseguida.

Puso el móvil en silencio y dio una vuelta para calmarse y llegar a la cripta. La supervisora le envió por correo la acreditación y cuando llegó a la puerta, la enseñó y la dejaron entrar. Había *demasiada* gente y eso no era normal. Claro, si

pensaban que había sido un atentado... Y justo en Navidad se complicaba la cosa.

Uno de los agentes la acompañó hacia un grupo de personas que estaban hablando. Un hombre alto de espaldas a ella parecía estar echando la bronca a dos tipos trajeados que lo miraban serios.

Uno de los hombres la miró y entonces el tipo se volvió. Ella se quedó sobrecogida porque esos ojos eran difíciles de olvidar. Ojos azul hielo, como los de Ezra. Ella sabía que su padre los abandonó hace años y que le habían dado por muerto, pero él tenía muchos números para ser su pariente.

—Señorita Santacruz, el consejero Frey —dijo un tipo de la delegación que conocía de vista. El hombre la observó con detenimiento y asintió.

—Baje a la cripta a hacer su trabajo —dijo de forma desagradable. Señaló el acceso y ella caminó hacia allí. No la acompañó nadie, pero había policías por todas partes. Accedió a las escaleras. La reja estaba abierta y se veía manchada de polvo de huellas, algo que casi hizo que le diera la risa.

Alguien les dijo por radio que se marcharan de allí, dejándola sola y aunque la miraron con curiosidad, obedecieron sin decir nada. Bien, ya estaba lista para buscar a Medea. Sacó el péndulo y en lugar de centrarse en los rituales, pensó en ella. La llamó con suavidad mientras movía el brazo. Tal vez entre sus nuevos dones estuviera poder hallar a personas, pero como no tenía ni idea, seguiría usando lo anterior.

El péndulo la llevó por los túneles, había varias bifurcaciones y fue eligiendo según lo sentía. Era un pequeño laberinto, pero observó que había ciertas marcas al parecer aleatorias, pero que indicaban el camino correcto.

Llegó a una zona donde había una cama. Tal vez Medea dormía allí. Como le había dicho su hermana, no había ningún sello que cerrar. Buscó con los ojos cerrados algún tipo de energía, algo que antes no podía hacer. Se acercó a un armario, sintiendo que había algo, pero antes de poder abrirlo, el consejero apareció y la sobresaltó.

—Señorita Santacruz. ¿Ha encontrado algo?

—Ningún ritual. ¿Están seguros de que ha sido algo mágico?

—Sí. Y usted debería notarlo. Conozco a sus padres del ministerio y su historial. Espero que sea útil para poder volver a trabajar con normalidad.

—Que yo sepa, estoy trabajando con normalidad. Aquí no había rituales.

—Está bien, puede irse.

—No. Me quedaré buscando más profundamente. Usted puede irse si quiere.

El tipo la miró sorprendido y una leve sonrisa casi se le escapó. Ella desvió la vista. Había besado esa sonrisa en Ezra. Pero no comprendía.

—Espero su informe.

El hombre se alejó y ella suspiró aliviada. Miró el móvil para avisarlos, pero allí, tan profundo, no había cobertura. Quería investigar el armario y se asomó al túnel para asegurarse de que el tipo se había ido. Luego, abrió el armario, pero excepto por algo de ropa, no encontró nada. Tampoco había puertas ocultas ni nada en particular. Entonces, ¿por qué sintió que debía ver eso?

Pasó la mano por la superficie de las paredes, revisó la ropa, se agachó para tocar el suelo, apartando las botas. Miró por la esquina. Quizá debería usar sus dones o algo...

Cerró los ojos y su mano se dirigió hacia una esquina. Pegada a una madera suelta había una cajita y ahí, un pendrive. Se lo metió en la ropa interior por si acaso y dejó todo tal cual estaba.

Cuando salió, un tipo del ministerio le quitó su mochila y la registró. Ella lo miró enfadada.

—No había rituales, estaba todo limpio. Y si me lo permiten, me iré.

Se marchó, más que enfadada. Al salir, justo al final de la plaza vio tres siluetas familiares. Caminó sin desviarse hacia la calle para que la siguieran, pero sin interactuar con ellas. Envío el mensaje a su supervisora y se metió en una cafetería de una calle lateral para pedirse un café con leche y algo de comer.

Los tres entraron en el lugar y ella negó con la cabeza. Podrían haberla seguido. Se sentaron en una mesa cercana. Sintió la mirada intensa de Ezra y le sonrió, vocalizando que estaba bien. Tomó el café y un cruasán con ganas. La verdad es que no se había agotado, pero todo el mundo sabía que sí lo hacía. Escuchó retazos de la conversación de sus amigos y casi sonrió.

—Mi novia es una cabezota —decía Ezra—, se ha marchado sin avisarme y espero que no lo vuelva a hacer.

—Tranquilo —decía su hermano—, hay cosas que tiene que hacer ella sola.

Lía se reía y ella sonrió. Levantó la cabeza. Un tipo la miraba fijamente. Claro, la habían seguido. Terminó su croissant y envió un mensaje a Ezra diciendo que los vigilaban y que acudieran más tarde a su piso.

Él contestó con un corto OK. Quizá se había enfadado, pero de todas formas tampoco podría haber entrado y mejor porque encontrarse con su padre o quizá su tío no hubiera sido agradable y seguramente difícil de explicar.

Pagó su cuenta y salió de la cafetería. Todavía paró en algunos escaparates y entró en una tienda para comprar un regalo de Navidad para su hermana. Luego, como si no tuviera prisa, caminó hacia su casa. Si el tipo esperaba que hiciera algo especial, estaba equivocado, aunque el pendrive le quemaba la curiosidad.

Luego, se fue para su casa y cuando llegó, protegió el lugar. Estaba nerviosa, esperándolos y deseaba que llegasen pronto. Llamaron al portero

automático, aunque era la compra, no ellos. Le dejaron las cosas en la cocina y empezó a recogerlas. Ya había pasado media hora y comenzaba a ponerse nerviosa. Envío un mensaje a Ezra, pero no contestó. ¿Qué estaba pasando?

CAPÍTULO 10. ARCHIVOS IMPORTANTES

Ezra

Se despertó con dolor de cabeza y, aun así, volvería a hacerlo lo que fuera necesario. Echó la mano al lado de la cama y comprobó que ya estaba fría. Algo mareado, se levantó y salió al salón. Buscó a Vega por toda la pequeña casa hasta que vio la nota. Se había ido a comprar, pero ¿hace cuánto tiempo? Era cerca de la hora de comer y se hizo un café, inquieto, pero no preocupado. Hasta el mensaje de Lía. Casi tira la taza al suelo cuando se lo dijo. Ellos lo venían a buscar, así que se bebió de un trago lo que le quedaba y se vistió con rapidez. Estaba furioso, no con ella sino... con el ministerio que la estaba utilizando.

—Cálmate, hermano, estará bien.

—La tenemos localizada —dijo Lía y ambos consiguieron calmarlo hasta que se acercaron a la plaza del Pilar. Si había entrado en la cripta, saldría por ahí. El templo estaba acordonado y los múltiples curiosos, turistas o visitantes del mercadillo que se ponía cada año en la misma plaza, murmuraban contrariados por no poder visitar a la Virgen.

Estaba de los nervios, moviéndose sin parar y si no hubiera sido por su hermano, habría entrado a la fuerza si era posible, pero no sería lo mejor. Así que cuando la vio, casi se lanzó por ella, pero Lía lo paró.

—Ha dicho que no, y posiblemente la sigan. Vamos.

Entró en una cafetería y no pudo evitar decir lo cabezota que era. Una sonrisa de ella lo desarmó, pero estaba decidido a echarle la bronca, aunque no le serviría de mucho, hacía lo que quería.

—¿Tú sabes que por tu conexión puedes encontrarla? —dijo su hermano en voz baja.

—No lo sabía.

—Si Lía está en peligro, suenan las alarmas en mi cuerpo, es como una palpitación extra y si cierro los ojos y me concentro, puedo encontrarla. Como si fueras una brújula. Aunque no me salió a la primera, tuve que practicar algunos días.

—¿Y no te molesta estar localizable?

—No por él, Ezra. Y a mi hermana seguro que no le molesta tampoco. Si no la acosas, claro —contestó riéndose.

—¡No hare eso! Solo quiero asegurarme de que está bien.

—Mira, se va. Vamos a seguirla con distancia.

—Se lo está tomando con calma, esto está bien —dijo viéndola entrar en alguna tienda. El tipo que la seguía tenía aspecto militar, sin duda.

El móvil de Lía sonó y ella contestó, aunque era de un número desconocido.

—¡Medea! —contestó al escuchar su voz—. Estoy con los hermanos Mateos, pongo el manos libres.

—Chicos, es importante, hay que recuperar un pendrive, está en mi armario, en el dormitorio.

—Esto está lleno de policías y militares. Mi hermana ha estado buscando dentro como encargada del ministerio. Lo mismo ha encontrado algo.

—Es posible. Pero si no es así, deberéis entrar.

—¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Me hirieron al escapar. Iban a matarme, nada de juicios. Estoy en casa de una amiga, pero me vendría bien algo de magia curativa, la verdad.

—Yo intentaré entrar en la cripta —dijo Ezra—, vosotros atended a Medea. Avisa a Vega.

—No es una buena idea, hermano. Está lleno de policías.

—En algún momento abrirán la cripta.

—Puede que Vega ya tenga el pendrive...

—No, si se lo decimos querrá volver. Hablamos en un par de horas. Desconectaré el móvil.

—Te quejabas de que mi hermana se había ido sin avisar y estás haciendo lo mismo.

—No importa. Os aviso.

Se marchó sin esperar un minuto más, estaba demasiado enfadado y necesitaba sentirse útil. Rondó la plaza, visitando los puestos, buscando ese momento en el que poder colarse, pero no tenía pinta de que fueran a abrir la entrada. Caminó hacia el paseo de la Ribera para ver si la otra entrada estaba despejada, pero había por lo menos seis guardias. Tampoco es que fuera estúpido.

Volvió a la plaza, a esperar que abrieran para el público, pero después de casi una hora, vio que eso no iba a suceder. Fastidiado, decidió volver con Vega, pero alguien se puso delante de él. Levantó la vista y empalideció.

—Caramba, Ezra, no esperaba verte aquí. ¿Curioseando? ¿O tal vez eres de la hermandad?

Verlo ahí le chocó. Aunque siempre sospechó que no había muerto, como una intuición. Solo que no se puso contento al verlo.

—Padre. No, y me voy, no me interesa verte.

—A mí sí, hijo —contestó agarrándolo del brazo—, vayamos a hablar. Puedes venir por las buenas y tomarte un café conmigo o te llevo al cuartel, tú verás.

Él se soltó con fuerza y aceptó. Se acercaron a una cafetería y ambos pidieron uno solo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ezra furioso.

—Trabajo. ¿Cómo está tu madre y tu hermano?

—¿Ahora te interesa? Te suponíamos muerto y ojalá fuera así. Tu padre está viviendo con nosotros porque ninguno de tus hermanos se ha interesado y apenas nos llega para el mes. ¿Qué te parece eso?

—Era necesario desaparecer de la vida normal y conseguí que el ministro y sus ayudantes me declarasen muerto para que cobraseis la pensión. En cuanto a mi padre... no podía llevármelo. Mis hermanos siempre han sido un atajo de inútiles. Te haré un cheque o algo.

—Vete a la mierda, no te van a nombrar el padre del año.

—Siempre tan arisco. Espero que tu hermano sea más amable.

—¿Algo más?

—Sé lo de tu restricción. Podría hablar con el ministerio.

—No quiero nada de ti, ya me libraré de ella cuando toque. Me largo.

—¿Qué hacías rondando por ahí?

—Me despidieron y buscaba... no te importa. A ti nunca te gustó rezar, pero mi madre tiene fe en la virgen. Y me quedé a curiosear.

Soltó una carcajada.

—Sí que has cambiado, ahora te has vuelto blando. Tenía alguna esperanza en encauzarte con el tiempo, pero veo que es imposible. Estás mejor sin poderes, no los mereces.

Ezra apretó los puños y se levantó.

—Veo que sigues igual de imbécil que siempre.

Se levantó y su padre le agarró fuerte de la muñeca.

—Espero que no te metas en líos, porque dará igual que seas mi hijo, ¿comprendes?

—No, si eso lo tengo claro, te da exactamente igual tu familia. Para mí es como si estuvieras muerto y, sinceramente, es donde mejor estarías, bajo tierra.

El hombre lo soltó, frunciendo el ceño y Ezra se marchó temblando de rabia. Había faltado poco para descontrolarse y eso hubiera sido tan malo como para que lo llevasen a la cárcel, que descubrieran que sí tenía poderes y que se los quitasen de forma definitiva, convirtiéndolo en un yermo.

Respiró nada más que se metió en un callejón donde se apoyó en la pared, demasiado alterado como para caminar. Sin duda, lo estaba provocando, igual que cuando eran pequeños. Nay posiblemente no se acordaría, pero a él solía castigarlo y encerrarlo hasta que pudiera hacer una llave para salir. El primer día estuvo toda la noche. Sin poder comer o ir al baño. Lo peor, que escuchaba los sollozos de su madre por no poder hacer nada. No, eso no iba a volver a ocurrir.

Al cabo de unos minutos, empezó a sentirse bien y encendió el móvil. Tenía varias llamadas perdidas de Vega, así que le mandó un mensaje diciéndole que estaba bien y que iba a su casa.

No estaba seguro de decirles a su madre o a su hermano, incluso al abuelo que lo había visto. No sería agradable. Su madre nunca le había dicho si él le pegaba, pero conforme pasó el tiempo comprendió que de alguna forma la maltrataba. Solo que ella no decía nada. Él era un mago poderoso que, como él, manejaba los materiales a su antojo. Amaba su propia magia, pero odiaba haberla heredado de él.

En pocos minutos llegó a la casa y llamó al automático. Vega se echó en sus brazos y lo colmó de besos. Cerró la puerta con el pie y la tomó en brazos. La necesitaba. Ella se resistió.

—No, Ezra, no puedes, te quedarás sin fuerzas. Mañana.

—Joder, Vega, esta es una estúpida restricción —protestó. La necesitaba.

—Paciencia. ¿Qué ha pasado? Lía me dijo que ibas a echar un vistazo, pero... pero yo vi...

—A mi padre. Lo sé. Estuve con él y tuve que hacer un esfuerzo enorme para no estrangularlo.

—¡No! Ezra, no...

—No lo hice, sigue vivo y tan hijo de puta como siempre. ¿Por qué te fuiste? Estaba preocupado, joder.

—Lo sé. Vamos a sentarnos y nos contamos todo, ¿de acuerdo?

Él se mesó el cabello y luego la acarició con suavidad, ella sonrió y lo tomó de la mano para sentarse en el sofá.

Ambos se pusieron al día y Ezra asintió.

—¿Y el pendrive? ¿Qué tiene?

—No lo sé, no sé si abrirlo. He avisado a Lía para decirle que lo tenía y estuve llamándote para que no te acercaras...

—Ya, desconecté. Lo siento, no debía de haberlo hecho, pero bueno, así sé que ese cabrón está en la ciudad. ¿Sabes algo de Medea?

—No, solo que estaba herida. ¿Deberíamos... mirar el pendrive?

Se quedaron mirando y Ezra asintió.

—No digo que no me fie de Medea, pero quiero saber qué narices está ocurriendo para que estuviera tan preocupada.

—Desconectaré de la red el portátil por si acaso. No digo que sea un virus, pero...

—Sí, bien.

Abrió su portátil y él se sentó a su lado, con la mano en su muslo, porque Vega había empezado a moverlo nerviosa. Metió el pendrive y se abrió la ventana con varias carpetas. Una de ellas se llamaba puntos de tensión. Hizo doble clic sobre ella y aparecieron bastantes imágenes. La primera era el mapa

resumen. Mostraba todos los lugares donde iban a hacer o habían hecho los rituales para poder abrir los sellos que cerraban los nexos.

—El ministerio pagaría oro por esto —dijo Ezra asombrado. Ella asintió.

Había muchos puntos marcados y estaba segura de que no los conocían. Era un enorme trabajo. En el mapa, unos cuantos, los más externos de la ciudad estaban marcados con verde. Los que había desactivado ella tenían un punto negro.

—¿Tú crees que será bueno en realidad activarlos?

—No estoy seguro, la verdad. ¿Qué hay en la otra carpeta?

Ella la abrió. Se llamaba Ella, así que hizo doble clic. Había fotos y archivos, por lo menos trescientos y no estaban ordenados. Empezó por el primero y vio que era una partida de nacimiento de una niña. La madre era Medea. Pasó a otro archivo y vio reconocimientos médicos. Al parecer estaba enferma.

Luego había fotos de la niña, de dos niñas. Su madre con ella en brazos y Medea con una niña también. No parecían llevarse mucho tiempo.

—No sabía que Medea tenía una hija. ¿Tu prima?

—Tal vez le pasó algo.

Había otros documentos y al final encontraron una carta del ministerio donde le comunicaban la muerte de su hija Ariadna. Murió a los tres años debido a una complicación respiratoria. Había alguna foto más. Vega se limpió las lágrimas. Entendía que estuviera tan triste por perder a su hija.

—Sigue, hay más archivos —dijo Ezra acariciándole la espalda para darle ánimos.

Los siguientes eran libros antiguos digitalizados. Entre ellos, estaba el de Alaia, donde se explicaba, en lenguaje extraño, diferentes hechizos, sobre todo porque había dibujos de ingredientes. El resto de los libros también parecían estar escritos así.

—Debo volver a visitar a mi pariente, podría decirme cómo leerlos.

—¿Será peligroso?

—Sabes que no. Y ella me pidió que la visitara. Me echaré en la cama y tú te puedes quedar a mi lado porque puede que tarde.

—No me gusta, pero creo que es necesario. Eso sí, antes come algo, por favor.

Ella sonrió.

—Me cuidas demasiado. Has... cambiado, Ezra.

—Porque he descubierto cuál es mi primer objetivo en la vida y ese eres tú.

—Gracias. Yo...

—Voy a preparar algo. ¿Pasta?

—Sí, gracias.

Se fue a la cocina y puso una olla a hervir. La amaba con todo su corazón y es posible que siempre hubiera sido así, aunque no lo supiera. El hecho de que ella no se lo hubiera dicho le importaba menos de lo que pensaba. Lo cierto es que daría su vida por ella sin ningún tipo de duda.

CAPÍTULO II. DESPIERTA

Vega

Después de tomar un abundante plato de pasta con setas y verduras, se colocó sobre la cama. Ezra se echó junto a ella sin perderla de vista. Poco se imaginaba que todo esto acabaría así. Habían estado jugando a estar juntos o separados y cada vez que se habían alejado le había roto el corazón. Puede que todavía no se sintiera segura de que él se iba a quedar, aunque había cambiado, con eso de las almas conectadas... solo necesitaba un tiempo para entregar su corazón del todo y que no se lo rompieran.

Cerró los ojos y pensó en Alaia. El viaje hizo que la pasta que tan a gusto había tomado se moviera en su estómago. La próxima vez no comería tanto, eso sin duda.

Apareció en la casa de Alaia. El fuego estaba apagado y no había nadie. Se notaba frío en el ambiente, aunque el sol lucía con fuerza a través de las ventanas. Se inquietó, algo pasaba y... ¿qué iba a hacer si no la encontraba?

Revisó la casa, por si había alguna nota, pero ni siquiera estaba su gato que vio de refilón la última vez. Un escalofrío la atravesó. Algo iba mal. Abrió la puerta para salir a la calle, pero dudó. Primero, no sabía si los ciudadanos la verían y si fuera así, llevaba unos vaqueros y un jersey. La ropa sería muy chocante para ellos. Volvió a entrar y encontró una capa oscura que se puso por encima. Las deportivas no podía disimularlas, al menos eran negras. Se tapó como pudo y avanzó por el camino. ¿Dónde estaba la bruja? Justo cuando más la necesitaba.

Salió del bosque por el camino y un niño se la quedó mirando. Menos mal que había tomado la capa. Se acercó a él. Parecía estar recogiendo setas, pensó cómo hablarle... Tan antiguo, pero igual hablaría castellano. Nunca le había preguntado dónde vivía ella, pero parecía España.

—Hola, niño. ¿Alaia?

—La bruja, en la plaza.

Ella asintió, alejándose. ¿Qué haría ella allí? Una muchedumbre se iba acercando a la plaza y aprovechó para mezclarse con la gente. Pasó desapercibida, no era la única que llevaba capa, hasta que llegó al centro, donde Alaia estaba sentada con las manos atadas en la espalda y delante, los sacerdotes. Parecía... un juicio.

—¿Qué pasa? —pregunto a una anciana a su lado. Ella la miró con curiosidad.

—Juicio por hereje, seguramente la quemarán o le cortarán la lengua.

No podía permitir eso. Debía tener un contacto visual con ella para preguntarle de alguna forma qué hacer. Recorrió la abarrotada plaza a codazos hasta que se colocó en un lateral.

Probó a llamarla con la mente.

«Alaia, soy Vega»

«Has llegado en un momento difícil, querida»

«Podría intentar liberarte»

«Por supuesto que no, te prenderían. Además, he metido en su mente el castigo que deseo. ¿Me despertarás, hija mía? ¿Me despertarás en tu tiempo?»

«¿Puedes hacer eso?»

«Puedo sí tú accedes a despertarme. Seguimos estando en tu ciudad. Hay una cripta al lado de las murallas romanas que un monje alquimista perteneciente a los templarios la construyó para que el gran Maestre volviera a la vida en unos años, pero él murió antes. Les ordenaré que me encierren allí. Solo tienes que acceder en tu tiempo y despertarme con un hechizo».

«¿Cómo? No sabré hacer eso».

«Lo sabrás y ahora vuelve».

Escuchó a los sacerdotes condenarla al encierro viva en un lugar situado entre la piedra antigua y la consagrada, para que anulase los poderes herejes. Se la llevaron y la contempló con gran pena, aunque ella parecía muy tranquila. Volvió corriendo a la casa, preocupada, cuando un guardia se acercó a ella y la agarró de la capa para retenerla. Pero ella se soltó y entró en la casa, cerrando la puerta. El guardia golpeó la puerta, y atemorizada, se concentró y volvió a su tiempo, despertando con un grito.

—Tranquila, tranquila, estás aquí.

—Ezra, tenemos que... tenemos que...

—Primero descansa y luego me cuentas qué ha pasado. Tienes... las deportivas embarradas. Por la diosa, Vega, ¿has ido a algún sitio?

Ezra estaba pálido cuando ella asintió. Se lo contó todo.

—Debo salir de inmediato, buscar a Alaia, pero no sé por dónde comenzar. Puede que necesite meterme de nuevo en la cripta. Llamaré a Medea.

—Pero no puedes lanzarte a rescatar a alguien que se habrá convertido posiblemente en polvo.

—Puede que ella hiciera algún tipo de hechizo para preservarse.

—Está bien, te alcanzo el teléfono.

Con un gesto resignado, se lo acercó. Ella llamó a Lía que, por suerte, contestó enseguida.

—Medea dice que ha ocurrido algo muy importante. Está nerviosa. ¿Sabes algo?

—Claro que sé. ¿Cómo está?

—Tiene una herida de bala en el costado. Se la han quitado, pero ha perdido mucha sangre. Como no quiere ir al hospital, estamos intentando tratarla a la antigua.

—Pon el manos libres, tengo que contaros algo.

Ella lo hizo y les explicó que tenía que sacar a Alaia de donde fuera que estuviera.

—Medea está impresionada. Dice que tiene un mapa en el refugio donde había algunos puntos marcados. Supone que ella estará encerrada al lado de las murallas romanas. Hay un paso desde el mercado central, pero está cerrado con candado.

—No se me resisten los candados —dijo Ezra.

—Tengo que sacarla, se lo prometí.

—Ella sería de gran ayuda, era una de las poderosas y conoce la magia antigua que se ha perdido. Dice Medea que tengas cuidado porque puede haber algún tipo de mecanismo, como trampas.

—Joder —exclamó Ezra.

—Podemos ir a ayudaros —comento Nay, pero Ezra se negó.

—Solo quedaos atentos. Os informaremos.

Vega se cambió de ropa, se puso botas y cogió su mochila con linternas y cualquier otra cosa que pensara que fuera necesario. Ezra la tomó de los hombros.

—Sé que estás segura, pero quiero preguntártelo de nuevo. ¿Es necesario hacer esto ahora? Imagino que los soldados patrullan todo el centro.

—Es necesario, ya lo has visto, esos libros pueden ayudarnos. Además, le prometí que la rescataría.

—Está bien, iremos —suspiró él tomando su mochila. Llevaba un cuchillo de monte, solo por si acaso y varios alambres que podría transformar si era preciso.

Salieron de la calle y en dos minutos ya estaban en el mercado central. Colarse en el sótano donde estaban las cámaras refrigeradoras y los almacenes fue un poco más difícil, pero ella convenció a uno de los guardas, así que bajaron corriendo.

—¿Dónde está la entrada?

—Deja que me concentre.

Vega cerró los ojos y sintió la energía, buscó a Alaia y encontró un pequeño rastro que la llevó hasta una pared.

—Tiene que estar aquí detrás. Lo presiento.

—Pues parece sólida. Déjame probar.

Ezra puso la mano sobre la pared. Vega sabía que se le daban mejor los metales, pero poco a poco, empezó a crecer una grieta.

—Apártate —gruñó él sudando por el esfuerzo.

La pared, que no era sino ladrillos y argamasa, empezó a caer y dejó una apertura que daba a un lugar oscuro. Ezra se tambaleó y se apoyó en la pared intentando recobrar las fuerzas.

—Quédate aquí, entraré sola.

—No, dame un minuto.

Vega dirigió la linterna hacia el interior y vio la reja.

—Hay un candado bastante herrumbroso.

—Tengo alambres.

Se agachó y buscó en la mochila y sacó varios de diferente grosor. Avanzó hacia el interior y examinó el candado. Vega iluminó dentro de la verja, pero solo vieron un túnel oscuro. Ella se veía impaciente mientras Ezra manipulaba el alambre y lo metía en el candado. Tras varios intentos, se soltó y cayó al suelo. La verja estaba muy oxidada y chirrió cuando la abrieron. Iluminó con la linterna todo el lugar. Era una cueva pequeña con un pasillo. Comenzaron a caminar con mucho cuidado. Querían pensar que no habría trampas, como en las películas de Indiana Jones, pero no se fiaban.

Cuando Ezra, que iba el primero pisó una parte de la cueva, escucharon un suave clic. Vega tiró de él hacia atrás con fuerza y cayeron al suelo. Dos flechas habían salido de un agujero que ni habían visto.

—¡Joder! ¡Por qué poco!

—Debemos mirar el suelo por si acaso.

Avanzaron mirando suelo, paredes e incluso el techo para encontrar otro par de trampas que pudieran sortear. Por fin, llegaron a una sala donde había un sarcófago de madera cerrado con cinchas de cuero.

—¡Qué crueldad! Enterrar a alguien viva —exclamó enfadada.

Comenzaron a soltar las ataduras. A Vega le temblaban los dedos. Era tan imposible que ella estuviera bien y a la vez, no podía pensar que le hubiera ocurrido algo, que hubiera muerto de verdad. La tapa estaba clavada y ellos ya sudaban agobiados. Desde luego se habían asegurado de que no saliera nadie de allí y lo curioso es que ella no parecía disgustada por ese destino. Ni siquiera se resistió.

Ezra puso la mano sobre cada clavo y lo fue empujando hasta que salió de la madera. Por fin, y no sabían cuánto tiempo había pasado, la tapa se movió. La quitaron entre los dos y Vega se asomó. Con una sonrisa feliz vio a Alaia que yacía como si durmiera. Vestía una camisola blanca e iba descalza. No habían pensado en la ropa. Pero eso era lo de menos. Lo primero era despertarla.

—¿Sabes qué hacer?

—No. Pero ella dijo que lo sabría así que lo intentaré.

Cerró los ojos tocando la mano fría de la mujer y se concentró en despertarla. Sintió que una fuerza que nacía del suelo terroso en el que estaban

la inundaba, recorriendo su cuerpo y haciendo que esa energía pasara a través de su brazo hasta llegar a su ancestro. El color azulado de Alaia comenzó a transformarse en un rosado pálido y cuando Vega estaba a punto de desfallecer, Ezra se puso a su lado, abrazándola. Ella lo agradeció y entonces sintió un último latigazo de energía y ambos cayeron hacia atrás.

Cuando se incorporaban, una mano se apoyó en el lateral. Se levantaron con rapidez y acudieron para ayudar a la mujer que sonreía débilmente.

—¡Has despertado!

—Pardiez, qué frío tengo —dijo ella, pero le dedicó una sonrisa más amplia. Ezra se quitó su cazadora y se la puso sobre los hombros— ¿Este es tu hombre? Buen mozo, sí señor. Entonces, ¿estoy en tu tiempo?

—Así es. Y deberíamos ir a casa. ¿Podrás caminar?

—No estoy segura.

—Yo te llevaré —dijo Ezra.

La tomó en brazos y ella se recostó en su pecho. Vega la miró de reojo. No, no era nada malo, solo estaba agotada. Salieron con mucho cuidado de no pisar las trampas hasta el mercado. Ella miró apurada. No sabía cómo salir sin ser vistos.

—Tú puedes, niña. Solo haz tu magia. Piensa en que nadie nos vea.

Vega asintió. ¡Cuántas cosas podría aprender! Se concentró en la sensación de esquivar la luz, de que nadie los viera y subieron las escaleras. Como pudieron comprobar, ninguna persona les dedicó una mirada y tampoco tropezaron con ellos, como si tuvieran algún tipo de energía que los repelía. Estaba atardeciendo y hacía mucho frío. Alaia se arrebujó contra Ezra y todos se apresuraron para llegar a la casa de Vega. La recién despertaba miraba todo con asombro.

—Por la diosa, cuánto voy a tener que aprender en este tiempo extraño.

—Mucho —contestó Vega mientras abría la puerta. Ezra dejó a Alaia en el sofá y cerraron todo.

—Es una morada algo... rara.

—Te pondremos al día. ¿Quieres comer o ducharte? Te dejaré ropa para que te vistas como las mujeres de hoy en día.

—No quiero molestar, dime dónde acarrear los cubos de agua y los traeré.

—No, no. Hay una ducha. Vamos al baño y te mostraré cómo.

Pasaron al baño y a ella le fascinó abrir el grifo y encontrar agua corriente. Después, le dio una toalla, ropa y le indicó cómo ducharse. Mientras la esperaba fuera.

—Debe de ser un completo *shock* venir de varios siglos atrás.

—Sí. Haré algo de comer.

—Tengo que ir a ver a mi madre, estará preocupada. ¿Podrás...?

—Sí, ve tranquilo. No saldremos de casa, imagino que querrá que le cuente cosas de este mundo. Y si está con ganas, revisaremos los libros.

—Te veo luego —dijo dándole un rápido beso que le supo a poco.

Se marchó y al poco rato salió ella con el cabello mojado y su ropa puesta. Ella era un poco más curvilínea, pero de tallas similares.

—Déjame que te seque el pelo, o puedes resfriarte.

—¿No tienes chimenea?

—No, algo mejor.

Después de fascinarla con el secador de pelo y más tarde con los electrodomésticos donde hizo una tortilla con verduras, se sentaron en el sofá.

—Me gusta tu casa. Gracias por sacarme de allí. Hice un hechizo para dormir hasta que mi sangre me despertase, así que para mí no ha pasado el tiempo. Pero no quiero ser una molestia. Buscaré un lugar donde habitar.

—Tengo una habitación de sobra, no te preocupes. Además, necesitarás una identificación... quiero decir papeles que muestren quién eres, cuando naciste, todo eso.

Alaia se echó a reír.

—Creo que no será posible decir en qué año nací.

Vega sonrió y negó.

—Conseguiremos papeles falsos. Hay mucho que explicar de cómo es el mundo actual y quiero contártelo todo, pero necesitaríamos que pudieras contarnos el contenido de unos libros.

—Claro, ya imagino cuáles. Estuve con visiones durante meses y, después de escribirlas, las escondí para que, llegado un tiempo, alguna descendiente pudiera encontrarlas. No recuerdo todo lo que escribí porque lo hice en trance y no quise volver a mirarlas. Llegaría el tiempo oportuno, seguramente sea este.

—Creo que sí. ¿Quieres fruta?

—Gracias.

Le trajo varias piezas para que eligiera y mientras las sopesaba, cogió el portátil de la mesa. Al encenderlo junto a ella, Alaia lo miró asombrada y pasó el dedo por la pantalla. Vega sonrió y abrió Internet para mostrarle un vídeo de la ciudad. Ella dejó hasta de masticar.

—¿Es brujería?

—No, la humanidad ha evolucionado mucho en cuanto a tecnología.... Pero ya lo irás entendiendo.

Cerró la pestaña y abrió las carpetas, con los libros. El primero, el que había costado el incendio en la biblioteca.

—Ah, mi libro de recetas. Solo hay rituales y hechizos normales, ¿no tienes los otros libros?

—Sí, espera.

Abrió las carpetas y ella asintió. Empezaron por la primera página y comenzó a leer. No había nada que fuera de este tiempo, pero sí algo que le interesó mucho.

—El reino de las brujas llegará a través del linaje sagrado de las Cruces. Liberarán a los seres para dominar la especie humana y solo la indicada será capaz de abrir los sellos para que el poder llegue a los seres mágicos.

—Espera, espera, ¿qué es eso de dominar la especie humana?

—Ah, pero claro. ¿Qué otra cosa podríamos hacer siendo una raza superior, querida? Llevo mucho tiempo mostrando las capacidades innatas, despertando a las que, por temor han ido anulando, como te hicieron a ti. Medea comprendió el mensaje, aunque creo que quizá no se lo expliqué del todo.

—¿Quieres decir que somos el linaje de las Cruces y que por nuestra... nuestra intervención haremos que el mundo se convierta en un lugar dominado por las brujas?

—Lo has entendido a la primera. Vamos a liberar a todos los seres que viven apagados. En mi tiempo también los había, pero yo sola nunca fui tan poderosa. Con vosotras liberadas, tu hermana, Medea, tú, haremos un gran ritual donde liberaremos la magia.

—No, eso no va a ocurrir. Nada de esclavos. No digo que no haya que liberar a las *faes*... o a quien sea, pero no vamos a dominar a nadie.

—No lo entiendo, hija mía. Alzarse de la opresión es algo que se ha realizado a lo largo de los años.

—¿Para poner otra opresión nueva? ¿Qué quieres hacer con los humanos?

Se levantó enfadada. ¿Medea sabía esto? ¿Y el ministerio? Su cabeza se había vuelto del revés.

CAPÍTULO 12. UN BUEN LÍO

Ezra

Se sentía demasiado inquieto para quedarse en casa y, además, quería hablar con su madre sobre él.

Cuando llegó a la carnicería, su madre pidió permiso para marcharse a su jefe y salieron a tomar un café. Ella estaba ojerosa y algo más pálida.

—Escucha, sé que Nay está bien, aunque ahora mismo no tengo ni idea de dónde está.

La madre suspiró aliviada y le tomó de las manos.

—Gracias, Ezra. Me gustaría que él pudiera volver a casa.

—No creo que lo haga, pero tranquila, está bien, te lo juro.

—¿Y tú? ¿Estás bien? Pareces agotado.

—Hubo un lío cerca de la basílica y me acerqué a curiosear... —dijo mirándola a los ojos. ¿Debía comentarle a quién había visto? Pero necesitaba saber—. El consejero Frey estaba allí.

—¿El consejero Frey? Es un pez gordo en el MPA.

—¿Nunca lo viste?

—¿Yo? No. No entiendo, hijo.

—Es padre. El consejero Frey es mi padre.

Ella abrió la boca sin poder vocalizar una sola palabra. Sin duda, no lo sabía. No podía ser tan buena actriz.

—¿Cómo? Dijeron que había muerto. No supe... pensé que no era verdad, o quise creer... pero cuando me dieron la pensión...

—Te aseguro que no está muerto. Y sigue tan cabrón como siempre. No te aconsejo ni que lo veas. Ni siquiera sabía que el abuelo estaba contigo.

—No puedo creerlo, Ezra. Nos han engañado todo este tiempo.

Una idea cruzó por su cabeza. ¿Y si su madre no era yerma y solo la habían atado de pequeña? Vega debería verla.

—Mamá, quiero que sepas que estamos bien y cuando pueda, iré a veros. Y en cuanto a Kira... no le cuentes nada de que me has visto, ni tampoco al abuelo. Mejor que no sepan.

—No entiendo por qué.

—Confía en mí, por favor. Y si esta noche puedes escaparte, quedamos y te lo explicaré un poco más. Mándame un mensaje si es posible. Te enviaré la dirección de la casa de Vega.

—Está bien, hijo. Sé que hemos tenido nuestras cosas, pero que sepas que te quiero muchísimo, a ti y a tu hermano.

—Lo sé.

La acompañó a casa

Salió de casa y se volvió a topar de bruces con el indeseable de su padre. Su humor cambió al instante.

—¿Qué coño haces aquí?

—Vengo a ver a... la familia.

—A buenas horas.

—Tengo derecho —dijo él con voz ronca.

—Y tenías deberes, hijo de puta.

El puñetazo lo tiró al suelo. Estuvo a punto de lanzarse contra él, pero se contuvo. Su padre lo dejó ahí y subió las escaleras. No podía dejarlo que la dañara de nuevo.

Corrió tras él y cuando llegó arriba, ella estaba mirándolo con los ojos desorbitados. Había entrado en el piso, aunque por lo visto, su madre se había resistido, porque estaba sofocada.

—Este piso es mío y entraré cuando quiera —gritó su padre.

El abuelo salió apoyado en el bastón y Kira lo miró sorprendida, pero no extrañada, lo que le confirmó que ella trabajaba para el ministerio. Se puso delante de su madre.

—Vete de aquí, ya has hecho suficiente daño.

—Vete de aquí, hijo. Y no vuelvas —exclamó el abuelo. Ezra lo miró, extrañado. Normalmente no estaba tan lúcido.

—Vendré cuando quiera. Kira, llévate a mi padre dentro.

—¡No! —gritó Ezra y empujó a su padre, pero este volvió a apartarlo con un manotazo.

No pudo evitarlo. Lanzó la lámpara contra su padre y esta se enrolló alrededor de su cuerpo. Su madre se llevó las manos a la boca para ahogar el gemido. Su padre quedó atado a la pared. La lámpara había atravesado el ladrillo y lo tenía atrapado como en una celda. Se volvió hacia Kira que estaba murmurando y sintió cosquillas en la mente, pero sonrió al ver su rostro sorprendido ya que no podía manipularlo.

—¡Ezra! ¡Vete! —gritó su madre. Él se volvió para irse, pero entonces sintió un fuerte golpe en la cabeza y cayó al suelo casi inconsciente. Su padre se liberó y le dio una patada que lo sumió en la oscuridad.

Le dolía la cabeza. Mucho.

A su alrededor había oscuridad y cuando intentó moverse, notó las cadenas que lo amarraban, pero no eran, desde luego normales. Ni con su mejor intención podría quitárselas. Se apoyó en la pared de toscos ladrillos y se tocó la cara. Puede que su padre le hubiera dado una patada en la cabeza, aunque

seguramente fue Kira quien lo golpeó fuerte. Tenía un poco de sangre seca en la nuca y se encontraba muy débil como si estuviera en...

—Una puta cámara de castigo —susurró. En la escuela habían sustituido las antiguas mazmorras por cámaras de castigo, rodeadas de fuertes hechizos de contención para aquellos que transgredían las normas. Él nunca llegó a estar, pero había escuchado rumores. Y de ahí no se salía con magia.

Poco a poco se fue acostumbrando a la poca luz y consiguió levantarse. Las cadenas ataban su muñeca, pero eran largas y podía moverse por la habitación. Había un camastro, una letrina y un lavabo con espejo. Se acercó para beber agua y se miró. Su ojo estaba hinchado y también el pómulo, aunque tal vez se lo habían reparado. No notaba rotura. Se lavó la cara y bebió un poco. Luego, se acercó a la puerta y miró por el hueco con tres barrotes que había. Sí, estaba en la escuela. Eso era ilegal, joder. Intentó buscar a Vega con la mente, aunque tampoco quería ponerla en peligro.

—¡Eh! ¡Sacadme de aquí! ¡Exijo ver a la directora! —gritó varias veces, pero nadie le respondió.

Le habían quitado el móvil y la mochila, hasta el reloj. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí dentro. Se quedó dormido y cuando despertó, había un sándwich, una manzana y un botellín de agua. Comió despacio, desesperado porque su propio padre lo había encarcelado y no sabía qué le esperaba.

Lo peor no era el dolor físico o el emocional, era que no sabía qué pensaría Vega o qué haría junto a su hermano y no quería de ninguna manera ponerlos en peligro.

CAPÍTULO 13. HERIDOS

Vega

Llamó a Ezra, pero no le contestó. Lía sí. Le pidió ir a verlas lo antes posible, así que Alaia y ella salieron de casa cuando su hermana le dio la dirección. Tomaron el tranvía hacia una casa del barrio de Valdespartera y acabaron bajándose en la última parada.

Su antecesora iba mirando todo con una gran curiosidad. Parecía tan inocente y, sin embargo, quería conquistar el mundo. No lo entendía. Para no preocuparla, le fue explicando cómo funcionaban las cosas más cotidianas y mostrándole vídeos en el móvil. Ella lo miraba con atención y asentía de vez en cuando.

Llegaron a la zona y caminaron deprisa hasta encontrar a Lía, que las esperaba en un banco. Miró asombrada a Alaia y se dieron un abrazo. Luego, entraron en una casa cercana y acudieron a la habitación donde Medea yacía pálida en una de las camas.

Alzó las manos para que su ancestro la abrazara y esta impuso las manos sobre la herida. Enseguida, comenzó a sentirse mejor.

—Mis dones son más bien curativos —suspiró ella con cierto fastidio. Medea se incorporó y Vega decidió decírselo a todas.

—Alaia dice que los seres mágicos debemos dominar el mundo.

Lía dio un respingo y Medea la miró extrañada.

—Los seres mágicos, no, querida. Las brujas. Somos sin duda superiores en todos los aspectos y seguramente hagamos más bien que mal.

—Ya existe un consejo, un Ministerio de Magia que nos tiene a todas atadas —dijo Medea—. Ser la especie dominante nunca fue mi idea.

—Sí es para que podáis vivir mejor, hijas mías. Si logramos abrir todos los sellos tendremos un poder ilimitado. Con eso, podríais poseer lo que deseais.

Medea, Lía y Vega se miraron y la primera negó con la cabeza.

—Pensábamos que abriendo los sellos podríamos ser algo más fuertes, ayudar a *faes* y otros seres, pero nunca hablamos de poder ilimitado.

—Era lo siguiente, pero si no queréis eso... —contestó Alaia entristecida.

—No creo que nadie de los que estamos aquí quiera convertirse en un tirano. Solo reclamar lo que es nuestro —dijo Vega. Su ancestro se encogió de hombros.

—Entonces supongo que es mejor no abrir todos los sellos. Distribuir bien la energía para que llegue sin que sea ilimitada. Me da mucha pena haber llegado a esta época y encontrarme con que seguimos igual.

Se levantó y salió de la habitación. Se miraron y negaron con la cabeza.

—Nunca quise esto, debéis creerme —dijo Medea.

—Te creemos —contestó Lía—, pero ¿qué vamos a hacer?

—Si no se adapta a esta situación, la haremos volver de alguna forma, aunque no me gustaría. Creo que podría enseñarnos mucho —dijo Vega.

Salieron al salón. Alaia miraba por la ventana con el rostro muy serio. Se volvió al verlas a las tres.

—Disculpadme. Llevo toda la vida huyendo de los cazadores y siempre pensé que sería la mejor situación para mis descendientes. Si nosotras llevábamos las riendas de la villa, no nos perseguirían. Pensé que en el mundo de ahora viviríais en paz, pero os siguen buscando. ¿O no es lo que me has contado, Medea?

—Sí, pero no de esa manera.

—Sea pues, me adaptaré a vuestra vida. Podemos abrir algunos de los nexos más alejados para que la energía se vaya filtrando.

—Está bien —contestó Medea.

La puerta se abrió y entró Nay muy disgustado. Fue directamente hacia Vega.

—He recibido un mensaje de mi hermano y como no creía lo que decía me acerqué a casa. Es cierto... se ha... se ha ido. No lo entiendo.

—¿Cómo?

—Sí, mira.

Le mostró el móvil: «Nay, me largo. No puedo aguantar esta situación. Ya me he despedido de mamá. Necesito estar un tiempo fuera de la ciudad, pero volveré».

—¡No puede ser! —exclamó Vega y Lía se lanzó a abrazarla.

—Mi madre dijo que estaba muy alterado porque había visto a mi padre y que tenía que irse. Le pregunté si había dicho algo de ti y dijo que no. De hecho, estaba sorprendida de que estuvierais juntos.

—Está claro que no estábamos tan unidos. Me... voy a casa.

La dejaron marcharse. Bajó por el ascensor y se metió al tranvía en forma automática. ¡Qué tonta había sido! ¿Cómo es que se había imaginado que él había cambiado? ¿Enamorado? Todo había sido una gran mentira porque si no fuera así, habría acudido a ella. Antes de bajarse del tranvía había cortado el hilo que los unía. No quería saber nada de él. Se sentía traicionada de nuevo.

Un mensaje de su supervisora la sacó de su abstracción. Miró alrededor. Estaba justo en la plaza del Pilar, así que se sentó en un banco. La supervisora la llamó cuando ella le contestó.

—Vega, ya sé que es víspera de Navidad, pero hemos localizado actividad arcana en un punto y necesitamos que vayas a mirarlo. Es urgente.

—Claro, envíemelo.

Casi sonrió cuando vio que el punto era en la catacumba donde había estado Alaia, pero tenía que seguir con el teatrillo, así que bajó al lugar. Dos soldados del ministerio custodiaban la entrada, pero la dejaron pasar sin problema.

Como ya sabía, allí no había ningún tipo de sello, pero estuvo un rato buscando, por si acaso. Lo que sí que encontró fueron algunos objetos personales de Alaia, un colgante con un ágata negra que se metió en la ropa interior y una pequeña figura que la representaba a ella. Estaban bien escondidos y si no fuera porque la energía le resultaba familiar, no los hubiera encontrado.

Escuchó un ruido y sacó el péndulo para revisar la habitación cuando encontró al consejero Frey de cara.

—¿Ningún sello?

—No. Hay rastros de magia, pero no de sellos. Tal vez alguien estuvo aquí y salió, tal vez alguien había guardado algo dentro y lo ha sacado, eso ya no lo sé.

—Está bien. Mi hijo Ezra fue tu primer hombre, ¿no es así?

—No le importa. Es privado.

—Lo digo por si lo has visto últimamente, es cierto que me marché repentinamente, pero querría volver a verlo.

—Ni idea. Supongo que estará en su casa.

—Está bien, Vega, puedes marcharte.

Salió deprisa, disgustada. ¿A qué venía esto? Sintió una punzada en el estómago, pero caminó hacia el bar de siempre donde se tomó un bocadillo. No sabía cuál era el siguiente paso. Su ancestro quería dominarlas, aunque parecía que había cambiado de opinión. Él se había ido, sin despedirse y a ella le habían roto el corazón.

Subió a casa y se echó en el sofá, sin desvestirse. Tenía tantas ganas de llorar que no era capaz de soltar una lágrima. No supo cuánto rato había estado allí, o si se había dormido, pero al rato, llamaron al automático.

—¿Sí?

—¿Vega Santacruz? ¿Eres Vega?

—Sí, ¿quién es?

—Soy la madre de Ezra. ¿Puedo subir?

Abrió, suspirando. No sé qué querría su madre y no tenía muchas ganas de hablar del dolor que sentía por su hijo, pero siempre fue amable con ella. Abrió la puerta. La mujer parecía preocupada.

—Gracias por abrirme, Vega. Es que... algo ha pasado. Hace unas horas mi hijo me dijo que acudiera a verte y me dio hasta la dirección y luego... es confuso, pero creo que me dijo que se iba, que no soportaba estar en la misma ciudad que su padre, pero... ¿cuándo lo ha visto?

—Lo vio ayer. ¿Para qué quería que vinieras?

—No lo sé. Es... confuso.

—Está bien, siéntate. ¿Una infusión o un café?

—Infusión estaría bien.

Vega fue a la cocina para preparar agua caliente y las hierbas y sacó todo en una bandejita. La madre seguía sentada, apretándose las manos. Tomó la taza y la miró a los ojos.

—Te parecerá una tontería porque ya sabes que soy una yerma, pero siento que me han hecho algo en la mente —dijo tocándose la sien—, y mi hijo... estaba feliz esta mañana. No ha podido marcharse.

—Quizá pueda ayudarte.

—No, hija, que la deuda de magia...

—Ya no la tengo. ¿Me permites?

—Sí, por favor.

Dejaron ambas tazas y Vega se sentó a su lado. Puso la mano sobre el chakra corona y enseguida notó la esencia pegajosa de un sensitivo. La miró.

—Te han hecho algo, desde luego. Quizá olvidar las últimas horas. Pero no creo que fuera Ezra.

—¿Podrías quitármelo? No creo que en el ministerio lo hagan.

—No. Diría que fueron ellos. Lo intentaré.

Se colocaron frente a frente y Vega puso las dos manos sobre la cabeza. Enseguida vio la sustancia negra y pegajosa que se unía al hipocampo, que se asocia a los recuerdos a corto plazo. Estiró y limpio y cuando iba a salir de su mente, vio la esquina de otra cosa. La mujer estaba infectada de algo más.

—Voy a cambiar la mano de sitio —susurró ella. Todavía no había desecho la telaraña de la memoria cuando encontró esa otra. Era gris con elementos rojizos, tal vez magia de sangre.

No sabía si podría ser peligroso extraerla, pero si el ministerio había limitado los poderes como le hicieron a ella o a Ezra se merecía recuperarlos. Estiró y estiró, pero estaba unida a su corazón y pensó que podría matarla. Ella estaba acostada sobre el respaldo del sofá y comenzaba a convulsionar, así que sacó la telaraña reciente del cerebro y parte de la otra.

Ella abrió los ojos aterrorizada.

—¡Ezra! ¡Han sido su padre y su abuelo! ¡Y Kira! Por eso no estaban en el piso.

—Cuéntamelo todo.

—¡Por la diosa! Su padre vino, intentó... intentó quedarse, mi hijo se puso delante y el abuelo le dio con el bastón en la cabeza y mi esposo le pateó la cara. Quise ayudarlo, pero Kira me sujetó y luego... creo que cambió mis recuerdos. ¡Se han llevado a mi hijo!

Vega se levantó furiosa mientras la madre lloraba desconsolada. Apretó los puños porque esta vez no iba a controlar su magia. Esta vez todos lo pagarían.

Una mano se puso en su hombro y se volvió, enfadada. Su hermana y Nay habían entrado en su piso.

—Cálmate, hermana. ¿Qué ha ocurrido?

—Mamá, ¿sabes algo? —pidió Nay. Su madre asintió entre lágrimas.

Después de que ella repitió todo lo que había pasado, los tres estaban furiosos.

—Lo tendrán en la escuela, allí hay celdas... celdas donde nos encerraban. Me encerraron, pero no recuerdo por qué.

—Tienes una gran telaraña gris y roja en tu interior, pero está anclada a tu corazón y no puedo quitarla, o morirás —dijo Vega, algo más calmada. Sí, debían ser fríos.

—Pensaba que el abuelo estaba de nuestra parte —suspiró Nay—, y al final, todos nos...

—Vigilaban —dijo Lía—. Puede que tu madre no sea una yerma sino algo más poderoso y, en consecuencia, vosotros podríais haber heredado algo de ello. Una forma de estar presentes en vuestro día a día fue dejar entrar a vuestro abuelo y a esa señora.

—¡Malditos sean! —exclamó su madre.

—Liberaremos a Ezra, eso te lo prometo —dijo Vega que comenzaba a enfurecerse de nuevo.

—Hay que actuar con inteligencia y liberarlo. Pero debemos hacerlo público de alguna forma, abrir los ojos a los brujos y brujas de la ciudad —dijo Nay—, a todos aquellos que han sido hechizados para no ser poderosos.

—Abramos algún sello —dijo Lía—, liberemos poder y así el ministerio andará detrás de ello. Mientras, entraremos en la escuela y sacaremos a Ezra.

—Alaia podría ayudar, aunque...

—Yo me fío de ella —dijo su hermana—, creo que está algo decepcionada, y no creas que descarto eso de empoderarnos, pero de momento salvemos a tu novio y después vamos viendo. Ahora mismo las llamaré. Nosotras iremos al ministerio.

—Os acompaño —dijo su madre. Vega negó.

—Si vienes, sabrán que lo recuerdas. Es mejor que esperes en casa, como si no hubiera pasado nada.

La madre fue a protestar, pero comprendió que era lo mejor así que se despidieron de ella. Nay la acompañó hasta casa.

Ya era noche cerrada cuando salieron del piso en coche para ir hacia la escuela, a las afueras de la ciudad. Nay se les uniría algo más tarde, con su moto. Mientras Vega conducía, nerviosa, Lía llamó a Medea y le puso al día de todo lo ocurrido, además de indicarle que abriera algunos sellos con Alaia. Colgó y miró a su hermana.

—Ha dicho que va a llamar al resto de los hermanos para distribuirse por distintos puntos de la ciudad y poder despistar al ministerio y también ha comentado algo del tótem de Alaia. Dice que deberíamos tenerlo, por si acaso.

—¿El tótem? Ah, sí, lo tengo yo. Si se pone difícil, podemos destruirlo, pero... ella desaparecería para siempre.

—No creo que tengamos que llegar a ese punto —suspiró Lía—. ¿Has pensado cómo justificar nuestra presencia en la Escuela?

—Teníamos unas taquillas, podemos decir que vamos a buscar algo o incluso decir que vamos a la biblioteca.

—Creo que es mejor lo último. Tal vez buscar información sobre sellos y nexos.

—Será complicado, pero bueno. Podríamos decir que encontré algo en el último y que es importante. Joder, no sé si podré, estoy furiosa. Y... pensé que Ezra me había dejado, por lo que corté mi hilo con él —dijo. Un grueso lagrimón bajó por su mejilla.

—Tranquila, en realidad no se corta del todo. Solo tienes que volver a desear estar con él. Cuando me uní a Nay estudié el tema.

Vega la miró y le sonrió.

—Gracias, Lía y perdóname. Estaba tan obsesionada con recuperar mis dones que me dediqué a ello sin pensar en nada más.

—Eres la única de la familia que merece mi afecto. Ni nuestros padres ni Sandy. Intenté acercarme a ella, pero es tan rígida con las normas que es imposible.

Llegaron al recinto y pasaron la identificación de la puerta sin problema. Como antiguas alumnas, tenían acceso permitido a cualquier hora, aunque cuando aparcaron el coche, la directora Creuset les esperaba en la puerta. Rondaba los setenta, pero todavía estaba en activo y Vega sentía, aunque tal vez se equivocaba, que ella la apreciaba.

—Hermanas Santacruz, ¿qué hacéis aquí? ¿Ocurre algo?

—Solo veníamos a consultar la biblioteca, nada más, sobre mi trabajo con los sellos.

—Pensé que vendríais a ver a vuestros padres, llegaron esta misma tarde. Ambas se miraron y la directora pareció comprender.

—Hay mucho revuelo con bastante gente venida de varios lugares, pero querida Vega, según dónde quieras llegar, ya sabes que hay muros discretos por donde pasar para no ser molestadas —dijo y le guiñó el ojo. Se retiró y le dio la mano, dejando una llave en ella—. Haz lo que debas y marchaos rápido. Eh... seguramente debas bajar para luego subir, ¿comprendes?

Ella asintió y tomó a su hermana de la mano para rodear la puerta principal y llegar a una trampilla por donde descargaban la comida y bebida para la escuela. Estaba abierta, así que entraron, bajando las escaleras. Escucharon un ruido y se escondieron detrás de unas cajas.

—¿Cómo conocías esto?

—Ezra —dijo encogiéndose de hombros.

Se escuchó el sonido de discusiones y varias personas salieron corriendo del pasillo.

—Creo que se han marchado, pero iremos por los muros. Ven.

Se asomó a la puerta y como no había nadie, entraron en la antigua panadería que en ese momento servía como almacén de conservas. Se metió dentro del enorme hogar y accionó una palanca que le manchó la mano de hollín. La puerta se abrió y entraron en un hueco en el muro. Lía se había agarrado de su brazo porque no se veía nada. Una vez que cerraron, encendió la linterna de su móvil.

—No enciendas la tuya, por si acaso nos quedamos sin batería y siempre enfocado hacia abajo.

—Te sigo.

Vega no recordaba el camino exactamente y ya habían dado varias vueltas hasta que Lía la paró.

—Tienes que sentir la conexión o no lo encontraremos. Para un momento y respira, siente su mente o moriremos como ratas.

—Hay mucho jaleo allá fuera, tenemos tiempo.

—No, cuanto antes mejor. Sé que estás furiosa, pero debes esforzarte. Vamos, apóyate en la pared y visualiza el hilo que te une a él. Llámalo en tu mente.

Vega cerró los ojos y respiró. Estaba tan furiosa y encima sus padres habían llegado al castillo de la Escuela sin avisarlas. Eso estaba muy mal. Lía puso la mano en su hombro e intentó relajarse pensando en él. Y no porque lo habían atrapado, sino lo que realmente sentía por él. Debía admitirlo. Estaba enamorada y no solo porque él la reconfortaba o le devolvía la energía, sino porque había sido así siempre.

En su mente, vio sus ojos color hielo y su sonrisa torcida. Luego, la imagen se volvió algo más clara, solo que tenía los párpados hinchados y no sonreía, sino que estaba echado en una cama, temblando.

—Ezra —susurró ella. Él levantó la cabeza, buscándola—. Voy a por ti.

Sintió el hilo rojo del destino más fuerte y tenso y abrió los ojos sin dejar de visualizarlo. Lía suspiró aliviada y siguió a su hermana.

Pronto llegaron a unas escaleras mohosas y resbaladizas, y las bajaron con cuidado. Palparon la pared para encontrar la apertura y empujaron fuerte para abrirla lo suficiente como para ver el pasillo que llevaba a la celda.

—No hay nadie, seguramente se habrán ido por lo de los sellos.

Su móvil vibró. Era su supervisora, imaginó que para pedirle que fuera a buscar los nexos. La ignoró y salieron al pasillo, pero cuando llegaron a la puerta de Ezra, estaba cubierta de varios cerrojos arcanos.

—Es lo tuyo, hermanita, dale.

Asintió mientras pasaba la mano por los sellos. Sin duda la bruja que los había hecho era habilidosa, pero incluso cuando necesitaba energía, se sentía más poderosa. Le costó varios minutos sacarlos y mucha fuerza vital, pero pudieron abrir la puerta. Ezra había conseguido sentarse y abrió los ojos, sorprendido al verlas.

—Necesito un alambre o lo que sea.

Lía se quitó una horquilla del cabello y él la manipuló para abrir los cerrojos. Abrazó a Vega y esta le dio un suave beso sin entretenerse.

—Vámonos ya.

Volvieron por el mismo camino, Ezra les indicaba mientras caminaba apoyado en las hermanas. Estaba bastante débil. Lía abrió la puerta de la bodega y se asomó. Había bastante jaleo en la puerta y aunque el coche estaba bajo unos árboles, no podrían pasar por ahí.

—Quedaos aquí, iré dando un rodeo y traeré el coche a la parte de atrás.

—Lía, no tienes mucha experiencia conduciendo. Iré yo. Id al invernadero, por ahí hay otra salida.

—No, Vega, podemos salir e...

—¿Ir andando? Hay varios kilómetros hasta la ciudad. Recuperaré mi coche.

—Vamos, Ezra. Hazle caso.

Él refunfuñó, pero se apoyó en Lía. Vega dio la vuelta como si viniera de la biblioteca y se acercó al coche, pero alguien la llamó.

—Vega, ¿qué haces?

Ella se sobresaltó y se volvió. No fue una sorpresa agradable.

—Hola, mamá, no sabía que estabas aquí. Me iba a hacer mi trabajo, creo que hay una alarma.

—Pero se han reunido todos en el despacho de la directora —dijo su madre acercándose más. Como siempre ella estaba impecable con su moño tirante, sus ojos azulados y su traje de chaqueta.

Vio con satisfacción que sus tacones se hundían en el césped.

—Seguramente me informará mi supervisora. Necesito recoger mis cosas.

—Has... cambiado.

—¿De verdad, mamá? ¿Acaso te has fijado alguna vez en mí? Por favor, no vengas ahora actuando. Paso.

Se metió en el coche y cerró de un portazo. Arrancó despacio hacia la puerta, porque su madre estaba mirándola. Daría un rodeo hasta la salida del invernadero. Las manos le sudaban porque ella la conocía bien, por mucho que no le hubiera prestado mucha atención.

Dio la vuelta al colegio y cuando llegó a la salida del invernadero se puso nerviosa. No los veía. Pero alguien avanzó entre las sombras y los reconoció. Lía ayudó a Ezra a colocarse echado atrás y Vega apretó las manos en el volante. Si no hubiera personas inocentes, arrasaría la escuela. Lía le puso la mano en su brazo.

—Arranca y no pienses más.

Cuando salieron, Lía llamó a Nay que los esperaba en un cruce con la moto, pero no pararon, solo los siguió. Luego llamó a Medea que había organizado un ataque simultáneo a los nexos.

—No vengáis a esta casa porque me detectarán. Intentaremos largarnos antes de que ocurra. Id a la granja de Turquesa. Ahí estaréis a salvo.

—De acuerdo. Vamos, coge la carretera de Logroño, nos vamos a casa de una *fae*.

Ezra tosió atrás, parecía estar más débil y Vega solo quería llegar, abrazarlo, darle su calor, pero debía estar serena y conducir. Los siguientes cuarenta minutos se le hicieron eternos, pero por fin llegaron a una casa con terreno. Las puertas se abrieron para ellos y dejaron el coche metido en un garaje.

Dos hombres y una mujer muy bellos les ayudaron a bajar a Ezra y a llevarlo a una cama.

—Tu hombre está muy débil, solo tú puedes ayudarle —dijo una de ellas, cuyos ojos eran de un turquesa arrebatador.

—¿Y cómo?

—Dale energía.

Ella asintió, eso podía hacerlo. Puso la mano sobre su pecho que se elevaba suavemente, pero cada vez con menos fuerza. Sintió que su vitalidad pasaba a él y poco a poco, cerró los ojos y cayó inconsciente.

CAPÍTULO 14. EL FINAL

Ezra

Parpadeó y sintió su calor al instante. Lo había sacado de esa celda que estaba enfermándolo. Pudo sacar fuerzas de la nada para abrir las cadenas, pero a partir de ahí, entraba y salía de la inconsciencia.

En ese momento, sentía el calor de Vega y un enorme edredón que los cubría. Todavía no estaba tan fuerte, pero levantó la mano para acariciar su rostro. No sabía dónde estaban, aunque solo por tenerla allí ya sería bueno.

—¿Ezra? Has despertado...—susurró ella casi sin poder abrir los ojos. Él comprendió.

—¿Qué has hecho? No puedes darme toda tu energía.

—Quién fue a hablar —soltó ella con una suave risa.

—¿Puedo besarte? Intercambiamos energía —dijo él con media sonrisa. Ella asintió y él se acercó. Sus labios rozaron los de ella con suavidad, pero ella pasó la mano por su cintura y lo atrajo hacia sí. No evitó profundizar en su beso y comprobó que ambos estaban en ropa interior. Se acercó a ella excitado y ella lo apartó.

—Sí, claro, lo que te faltaba.

—Ambos nos recuperaremos, ya verás —dijo él necesitándola. Le quitó la ropa interior y se colocó sobre ella. La besó y ella jadeó para recibirlo.

¡Cómo la deseaba! Y no le importaba si absorbía su energía. Le daría todo. Se movió suavemente mientras veía que ella recobraba su color rosado, pero no sintió que él desfalleciera. Solo les rodeaba el placer debajo del edredón. Ambos gimieron al sentir que se acercaba su clímax, que sus almas se tocaban y se dejaron ir.

Ezra la miró. Los labios volvían a ser rosados, sus ojos brillantes. Vega lo miró con atención y le tocó la cara.

—¿Estás bien? ¿No has desfallecido?

—Para nada. Me encuentro de maravilla.

Llamaron a la puerta y él se retiró. Se taparon y sus hermanos pasaron. Nay sonrió.

—Te dije que estarían mejor. Aquí la energía circula y no nos drena tanto. Por propia experiencia —dijo pasando su brazo por la cintura de Lía.

—¿Cuánto tiempo llevamos durmiendo?

—Solo unas seis horas. Vestíos y salid, hemos preparado el desayuno, hay mucho que contar.

Se marcharon y los dejaron que se vistieran, no sin antes abrazarse de nuevo. Vega suspiró.

—Pensé que... que me habías dejado, Ezra. Un sintiente le dijo a tu madre cosas y ella...

—Jamás te dejaré porque te amo, Vega. Y ahora, vámonos.

—Espera, Ezra —dijo ella tomándolo del brazo. Él la miró a los ojos, ella se perdió en ellos—. Yo también te amo. De verdad que sí.

Él sonrió ampliamente y le dio un beso suave. Luego, ambos se vistieron y salieron al salón donde había una pequeña multitud. Además de las *faes*, estaban Medea, Alaia y media docena de personas, sonriendo.

—¡Ha salido todo de maravilla! —exclamó Medea al verlos. Los invitó a sentarse en la mesa y sus hermanos les llevaron cafés y varias tostadas que cogieron enseguida. Estaban hambrientos. Vega la miró para que siguiera hablando y ella asintió—. Activamos varios nexos de forma que la energía ha fluido por toda la ciudad y se han reestablecido los canales. Gracias a Alaia hemos creado un sello para que no se puedan volver a cerrar así que nadie podrá hacerlo.

La nombrada sonrió orgullosa.

—Y no vamos a abrir todos, no los necesitamos, estos son suficientes para que brujas y otros sobrenaturales recuperen su poder. La gente del ministerio se ha ido y he hablado con Hester, con la directora Creuset y me ha dicho que la Escuela está disponible para nosotras si deseamos vivir o visitarla. De hecho, hemos hablado con otros lugares y van a abrir los nexos suficientes para sentirnos mejor.

—Al ministerio no le quedará otra que aceptarlo o enfrentarse a brujas que sí tienen poder —dijo Lía sonriendo.

—Vega, Hester me ha pedido un departamento para los rupturistas, porque van a surgir algunos más seguro y tendremos que enseñarles cómo no liarla —dijo riéndose.

—¿Liarla? ¿Van a atar a alguien? —preguntó Alaia.

Ezra la miró sorprendido y de repente Lía y Nay se echaron a reír. Todos los acompañaron.

—Supongo que bien está lo que bien acaba, ¿no? —dijo en el oído de Vega. Ella sonrió y se apretó a él.

—La ciudad ha despertado y nunca más volverá a dormirse.

SOBRE LA AUTORA

Anne Aband, seudónimo de Yolanda Pallás, es autora bestseller de romántica y fantasía urbana con más de ochenta novelas publicadas. Informática de formación y escritora a tiempo completo, combina el romance, la magia y la tensión emocional en sagas que han conquistado el top de ventas en Amazon.

Apasionada del **romantasy**, es la creadora de exitosas series como **Las brujas escocesas de Black Rock**, **Brujas del sur**, **Mensajeras del Alma** o **Seres Extraordinarios**, y ha ganado o sido finalista en certámenes como **Bubok Romántica** y **Mil palabras & Woman**.

Puedes encontrarla en su faceta romántica contemporánea con el seudónimo de Anne R. Aband.

Anne cree que a escribir se aprende escribiendo, y lo demuestra cada día con historias que mezclan emociones intensas, mundos sobrenaturales y personajes inolvidables.



Descubre todos sus libros en: www.anneaband.com/libros



Instagram: @anneaband_escritora :

https://www.instagram.com/anneaband_escritora



Amazon: Perfil de autora

<https://www.amazon.es/stores/author/B01H44HN1I?>

¿Y ahora?

Ahora puedes leer alguna otra novela de brujas, si te tuviera que recomendar una, sería Café Nocturna, también con mucha emoción, temas familiares y una bruja sin poderes que los recupera.

Te dejo portada



Enlace a Amazon: <https://amzn.to/3M7CPI3>

Sinopsis:

—¿Es verdad que no sabes hacer magia?
—¿Es verdad que tú sí? —contestó molesta.

¿Por qué tu propia madre te ocultaría que perteneces a una familia de brujas? ¿De qué tiene miedo?

*"Vaya historia todos tus libros 📖 son fantásticos, este me ha encantado y espero las siguientes historias de esta familia con ansiedad. Enhorabuena por tu gran imaginación."
"Me ha parecido muy entretenida. Enganchada desde el principio hasta el final. Cuando parece que la historia está llegando a su final, da un giro y consigue atraparte de nuevo una y otra vez. Sí, espero con ganas la segunda parte. ¡¡Me encantaría tener una casa así!!"*

Cuando Elody llega a casa de su abuela, espera un cálido reencuentro, pero lo que encuentra es más bien un frío recibimiento.

La familia Castel proviene de una saga de brujas con poderes diferentes, aunque ella, incluso con su edad, no ha sido iniciada en sus dones.

Bajo la promesa de iniciarla en las artes mágicas, la abuela finalmente las acepta. Nada es fácil, ni siquiera servir un café en un lugar donde incluso la casa, tiene vida.

En un entorno donde seres mágicos habitan en cada rincón, Elody descubre con asombro criaturas que jamás imaginó.

En el fondo, su mayor deseo es encontrar el amor y cumplir todos sus sueños, pero el destino tiene sus propios planes.

Anne Aband, autora bestseller en su género con más de ochenta novelas publicadas en varios idiomas, te invita a sumergirte en esta historia de fantasía urbana llena de misterio, magia y amor.

No esperes más, adéntrate en la aventura de Elody y descubre si logrará cumplir sus sueños.

¡Lee su historia ahora mismo y déjate llevar por la magia!

Enlace a Amazon: <https://amzn.to/3M7CPI3>